

Ambato,

Caricia

Honda

Edición Limitada a 240 Ejemplares

Numerados y Autografiados

Nº 000216



Copyright by

EDICIONES ALBA

Tierra, como si fueras mi corazón, te quiero.
Para decir tu salmo sobre ti me levanto.
Alzo la frente, pero mis pies en ti reposan.
Soy el tallo moreno en la espiga del canto.

OSCAR CASTRO

«...Y este aire suave y dulce, digno de ser respirado en el Paraíso; y este cielo límpido y sereno, donde el sol se cantonea como en su palacio predilecto, donde el iris se extiende majestuoso y echa del horizonte abajo su parábola infinita; donde las nubes semejan las montañas de los Andes, y el Chimborazo convertido en oro se entremete en las constelaciones: y estos frondosos huertos, donde las frutas de la zona tórrida maduran en el temperamento más inofensivo al hombre; de donde se levantan y se esparcen por el país en torno raudales de salu-tíferas esencias, puesto que para percibir las déis un paso de la población afuera: y estas aguas cristalinas y murmurantes; y esta fecunda tierra y estos dones y gracias de la Naturaleza...»

Juan MONTALVO

ESCRIBIO EL AUTOR:

Barro de Siglos	1932.	(Agotada).
2 Poemas de Abril	1939	(Agotada).
Mar Abierto	1941	(Agotada).
Ventana al Horizonte	1942	(Agotada).

EN PRENSA:

Patio con Sol	(Verso)
---------------	---------

EN PREPARACION:

Humareda	(Novela)
----------	----------

OFRENDA

EDITORIAL AUSTRAL

Cuenca — Ecuador

A DON CARLOS COBO JAUREGUI, distinguido y gentil Caballero, Presidente del Ayuntamiento Ambateño; a Don NEPTALI SANCHO, hombre recio, talentoso y sano, Vicepresidente; y en ellos al Benemérito Cuerpo Edilicio;

A DON GONZALO VELA, muy digno Gobernador del Tungurahua;

A DON CARLOS BOLIVAR SEVILLA, veneranda figura del ambateñismo de buena ley: hombre ferviente, gallarda persona, talento indiscutible;

A PABLO BALAREZO MONCAYO, Poeta y Prosador y uno de los más firmes valores del Tungurahua contemporáneo, con quien compartimos horas amables de ensoñación y tangencia, junto a su tierra querida;

A ALICIA PAREDES BORJA, escritora ambateña de vuelo encumbrado, plasmación de la diaphanidad humana, corazón dorado de dulzura, profundo de bondad bienhechora;

A JORGE CIPITRIA, pintor vasco de altísimo valer, cuya alma vibradora estuvo cerca de la mía en cósmicos «momentos» de América como son: la lava del Tungurahua, el trueno del Ago-

yán, el embrujo del Pastaza abismático y la figura tangible de Montalvo;

A N. N., muchachuelo de la calle, betunero de oficio, a quien ví ejecutar una acción de cultura digna, en verdad, de ser consumada en Ambato, la Ciudad-Cápsula de Miel;

A LAS AMBATEÑAS Y LOS AMBATEÑOS, dichosos en su Historia, dichosos en su realidad vivificante y creadora.

DESDE LO HONDO, este ademán.

César ANDRADE Y CORDERO

Ambato,
Caricia
Honda

1



JOS MARAVILLADOS. Ojos de doble asombro. Ojos que llevan el alma de rodillas en lo hondo del cristal entenebrecido. He aquí los ojos con que se contempla el dulce y recoleto paisaje ambateño, que es paisaje integral, con distancias, con medida, con esencia metafórica. Porque Ambato es un tropo de la Geografía y del Paisaje ecuatorianos, con aplicación a la retórica de la Luz. Es una imagen devorante de sí misma -mito inenarrable- que se reproduce en suerte de partenogénesis indistinta, sin solución de continuidad.

¿Quién me trajo a este Ambato austero y sonriente a la vez? ¿Mi anhelo patriótico o mi destino de artista? ¿Quién empujó mi hombro hacia el perfume de los "jazmines de persia", de las fresas inebriantes, de las

rosas de entraña azucarada, de los floripondios cartujos, de las magnolias doncellas? ¿Quién me hizo naufragar en el aroma multánime del mercado ambateño, copioso de fruterio, espeso de fragancia, cargado de rumor, colorido de formas, poblado de dulcedumbre tierrera, grávido de fermentos azucarados de la mora y la naranjilla, de la mandarina y de la manzana, caricioso de aromas que se llegan con los dedos de los gladiolos o las turgenacias lácteas de las magnolias?

El alma, al descolgarse sobre estas calles de la ciudad minuciosa, tiene un timbre de cristal campanillero que cae al Sueño. Hay una invitación a musicalizar la pena. Y, dentro, bulle algo en úno. Bulle como agua de fontana. Tras los límites harto frágiles de este vaso de carne. La vida, por su lado, se fuga y se precipita. Y es caminar deshumanizado -viento, perfume- el que adopta. Tal moveríase Puck, en los jardines del "Sueño de una Noche de Verano" de Shakespeare. No es la arcilla: es el ala que prevalece en el aire ambateño. Las altas emociones quedan desnudas frente al Tungurahua desnudo. Cae el lastre. Como el yeso de las paredes viejas. Cae y se va sobre la brisa odorante y pequeña. Se va hacia la meta heteróclita de los jardines dorados...

UNA HONDA POESIA peina las distancias pintorescas. Diríase que el verso ha hecho cuadriláteros de plasticidad por las colinas. Y los huertos anúncianse cóncavos de olor. En ellos, se apretuja el canto. Voces mayores, voces menores, criaturas angélicas. Voz del río, prieto y menudo, escorpionzuelo de miel. Voz matinal de los pájaros chacareros, asomados a la aurora limpia. Voz de campanas solariegas. Voz de órgano: de las "Sweet Meditations", la "Réverie", de Ray-Kay; el "Ofertorio" de Beethoven, saliéndose a la plaza. Voz de gárgola de las fontanas en el parquecito que puebla una donosa austeridad. Parque de pulcritud exacta. Tal la levita de Don Juan. Pregones, pregones pequeñitos de ciudad sin fatiga, aunque laboriosa. ¿Sirenas mañaneras? ¡Cómo no! La ciudad despierta al trabajo; y la llamada retumbadora se resbala sobre los techos ambateños, tremante de vitalidad, con un deslíz vegetal de vid copiosa.

No alcanza a ser figura retórica: mas, cada ambateño es una fracción de ciudad. Es

tal la índole de "cuerpo presente" que anima a cada persona, que se tiene la impresión de que al ambateño no le cortaron el cordón umbilical. Y está atado a la matriz pródiga y donairoso con edificante ejemplaridad. Cada ambateño ama su edén mirífico. Se acuna en él. Lo cuida con los ojos. Con las manos. Con el suspiro. Las calles -limpias, rectas- son el hecho real correlativo al fenómeno ético de las almas. Los jardines capitosos pronuncian palabras montalvinas, pulcras en esencia, pulquérrimas de contorno. Diríase que el aroma de los jardines de Ambato es una de las formas de cortesía y puritanex urbanas... Hay muestras visibles de que Ambato, antes que una ciudad, es un "estado de alma". Tiene "olor", tiene gracia de lo alto, tiene módulo y tiene "ángel"...

YO LLEGUE A AMBATO en correría de burlas íntimas. Quise huir, riendo, de mí mismo. La evasión con auto-engaño es lícitud cuando busca la sublimación de lo personal. Acaso igual pensaba, frente a las salamandras, el Señor de Astarac, buscándolas y cazándolas en las formas del fuego. La evasión es,

incluso, placer intenso cuando, con intuición profunda, tiene por meta el hallazgo de la "persona íntima" después de la fuga. Cuando -pasado el desdoblamiento- el deleite del re-encuentro le brinda a uno la gracia de hallar un YO renovado, limpiado, diáfano, mucho más YO que el YO descuadernado y chirriante que usábamos enantes. Y Ambato tiene el poder del re-encuentro. La apasionante magia de la meta.

Conocer Ambato es entregarse a Ambato. Descubrir su escondida maravilla es darse a ella por entero. Uno siente partirse, en dos mitades cósmicas, el YO en trance de entrega y reventar en el paisaje como una amarilla toronja gigantesca. Uno se siente henchido como una fruta; y le nacen ramas, y le pueblan pájaros, y le crecen raíces poderosas y prietas de juventud, y le escuecen resonancias huerteras, y ve pasar las nubes y marcharse los días y descuartizarse el silencio enfrente al corazón. Y como todo es miel, prospera la abeja del verso: con la secreta resonancia de esta cigarra perezosa y cancionera que vive en lo interior asombrada y montuna.

Ambato! Hay una bocanada de música a todo lo ancho del alma, chorreante de jugos abisales de la tierra tibia. Hay hilos de miel

en el aire. Azúcar de estrellas. Hilillos de brisa almibarada que se rompen en la frente. Mientras la pena -retozona- enarca el lomo y se deja ver como una potra salvaje por la cuchilla de las montañas borrachas de azul . . .

AQUI ESTAIS conmigo, luces y sonidos de la ciudad-corola. De la ciudad-almendra. De la ciudad-cápsula. De la ciudad-baccarat. Conmigo estáis, brisas de Atocha, céfiros de Ficoa. Humedad de los bosquecillos del Pingue, con el ladrido del Patate a los pies. Conmigo el tácito rumor de las cascadas del Oriente. Conmigo el trueno del Pastaza que llega de lejos, de lo cósmico, de lo plural líquido y mineral. Cascada del Agoyán, carnaval del Demiurgo, lengua blanca del abismo, trueno de pie, ángel de hinojos, cisne en fermento, estrella párvula, niña sin Dios. Conmigo rugosidades del humus y de la lava, pétreo entrecejo de Anacreonte. Conmigo todo este Universo asombrado. Todo este rostro de Dios, maravillado. Conmigo la gigantesca Mano Hacedora que, de pronto, cobra cristal y se alza bendiciendo y es, entonces, transparencia de cielo pródigo de luz que se des-

cuelga en los jardines y hace techo de añil sobre la sombra impertérrita de los volcanes lejanos. Conmigo este cielo de Ambato . . . ¡estupefacto de ser demasiado cielo . . . !

CAMINAR POR AMBATO, por sus calles menudas, es hacer de Gulliver. A la verdad, mi estatura de hombre inabreviado no da para pensar en menos . . . Pero no es impropio decir que esta ciudad se parece mucho a esos pueblecitos de cartón pintoresco, breves ciudadcillas de gnomos que, en los "nacimiento" navideños, distraían a los niños ricos en los salones "Luis" de la aristocracia criolla del pasado siglo. Por eso, caminar por Ambato es hacer de Gulliver. Mientras no se mire -es claro!- hacia las formas cósmicas de Baños, de Mera, del Puyo, donde parece que el planeta se ha desinflado en grandes pliegues. Mientras no se contemple al Pastaza caracoleando cabe el Tungurahua . . .

¿Y "lo humano" de Ambato? ¿Y sus hombres estupendos? Yo he mirado **LO HUMANO** de Ambato, y mi espíritu se ha constreñido y se ha replegado hacia lo profundo. Tal

es el poder de los fantasmas iluminados que presiden mi sublimación, mi reversión hacia lo hondo. Mi contracción de ostra empequeñecida que busca las formas primigenias del plasma. Alma mía, ostra sin luz. Caracola minuciosa, al surgir los Animadores, los Guías. Revientan los nombres y trema mi pequeñez y el plasma se estremece: CEVALLOS, MERA, MARTINEZ, VELA . . .

Una suerte de girándula enceguecedora que presidiera un carro de fuego sublima los horizontes y, hechizante, se adueña de mí. Adviene el Verbo Tangible, descienden las Formas. Cae hacia el alma -como la nieve sin matiz: nieve sola- la lumbrarada inmensa de Montalvo. Sobrevienen el Ala y la Centella. Montalvo trae consigo su complejo de Montaña. Es -casi táctil- su propio Sinái . . .

CON MONTALVO, Ambato es la Ciudad-Continente que surge desde la Ciudad-Cápsula. La ciudad montalvina tiene el élan de Don Juan. El Cosmopolita -como Dyonisos a Eúcaris- la habita y la posee por entero: Apóstol, la guía. Sacerdote, la bendice. Profeta,

la ilumina. Moralista, la educa dulcemente. Puritano, la regusta. Artista, la pone contorno. Hijo, la ama desde el cadáver en cuerpo presente. Don Juan va en el ciudadano. Don Juan va en el escritor. Don Juan va en el patriarca. Don Juan va en el corazón de las mujeres. Don Juan va en la brisa de Atocha, en los entresijos de la tierra, en las alberquillas de ese Miraflores borracho de púrpuras y rojos y azules y blancos y amarillos, innumerable alarido del color; y está Don Juan en la pulpa de las fresas, o en las hélices capilares de la viña, o en las hojas acorazonadas de los arces, o en los brazos sarmentosos de los parrales recoletos, cuasi humanos . . .

Un vaho de humanidad, de humanidad total lo cubre todo ante la evocación del inmenso Montalvo que no conocemos bastante los ecuatorianos demasiado deportivos . . . Montalvo está vivo, empece a su pellejo embalsamado que demora en el Templo Cinerario. Montalvo actúa, genera, se multiplica. Montalvo, humano y presente, anda diluido en todos y cada cual. Se fracciona. Se atomiza. Está en la austeridad del ambateño. En la pulcritud del hombre. En la justeza del caballero. En la honestidad del Funcionario. Del Edil. Del Profesor. Del Sacerdote. En la altiva llama espiritual de la mujer. En la convicción

de lo Bello y de lo Bueno que abriga el Intelectual. En la sístole y la diástole exactas del Trabajador ufano. En Ambato no hay cuáqueros. En Ambato no hay bonzos. En Ambato no hay gitanos. En Ambato no hay ornamento descuadrado, ni adjetivo, ni barroco fenoménico: todo es hondo y macizo, sávido, severo, tangible, sustancioso. Casas macizas, como palabras castellanas. Calles abiertas y extendidas como brazos de madre. Plazas limpidas, como sonrisas de mujer enamorada. Templos prietos y parvos como libros fundamentales. Teatrillos cargados de gente, como cuencas de manos tibias colmadas de mies.

HUNDIRSE EN AMBATO por unos días es como sepultarse en el corazón de una manzana. Ambato es sumidero. Destila bienandanza, como se escapa la miel de los higos y deja que les penetren las abejas. Aunque mueran en ellos. Sumidero. En Ambato hay que naufragar, se va para naufragar. En aroma. En color. En música de brisas. En el oleaje del fruterío. Sumirse en Ambato, es zambullir en la espesa púrpura del jugo de moras. Es arder en la cárdena llamada de esos crepúsculos

que pintan los lienzos truculentos. Entre esos hombres laboriosos, entre esas mujeres tranquilas, yo me he hundido en Ambato por industria de mi escafandra. De esta escafandra de cristal con la que buceo en todos los mares de mi vida. Y he salido a flote con un racimo de poemas en la boca. Yo me he hundido en Ambato con esa tácita inmersión que hace el espíritu en esas soñadas playas vegetales, que nos dejan caminar frente a ensenadas de pétalos y pétalos y pétalos . . . Playas de ensoñación -tal la de Nelumbia, a lo lejos- sin margaritas de sal marina, sin gritos de pescadores anochecidos, sin gaviotas que graznen lejanías. Porque Ambato es proximidad, tangencia. Es palpación, es deglución, es morbidez, es turgencia. Oswald Spengler querría un Ambato apolíneo: y así sería si Montalvo, lo más puro del gótico castellano, no realizara su ensalmo, su insurgencia. Montalvo es aguja, como el Tugurahua: se fuga hacia la inmortalidad, hacia el azul inasible. Por eso, a Ambato y a Montalvo hay que llegarse por la sublimación. Podría presumirse incluso en la metafísica del color y del sabor. Desde lo capitoso amargo de la mandarina hortelana, hasta lo fáustico de los Siete Tratados . . .

PERO AMBATO ES caricia ante todo. Caricia honda. Manos que encuadran el óvalo del rostro. Ancha y velluda mano de fraternidad varonil. O bien labio tremante de mujer idolatrada. O piel lanudilla de fruta sonrosada. O aroma detrás de las tapias con bugambilias y "jazmines de persia". Ambato se ofrece. Ambato invita. Es la sonrisa que a uno le sale al paso en la desconocida cara de mujer, como sale a encontrarnos la rama del rosal florido; como sale a encontrarnos el brazo de la estatuilla jardinera, el anuncio urbanizante, la procesión pueblerina que arranca de lo atávico peninsular, la cabellera lenta de las palmeras, la reja oferente de hierros coloniales que el clavel sonrosa, o la sorpresa del nombre propio en los labios súbitamente amigos . . .

Ambato es caricia. Caricia honda.

A g u a

del

A g o y á n

2



ESENFRENADAMENTE -así: desenfrenadamente- es como vinimos a parar Jorge Cipitria, el gran pintor vasco discípulo de Zuloaga y yo, cerca de la cascada de Agoyán.

Junto a nosotros, sobre el zumbido del coche, venían la tranquila apostura de Pablo Balarezo Moncayo -personero del homenaje municipal de Ambato a un servidor- y la nevada sonrisa -azucaradísima- de ese patriarca de la solubilidad humana, de sencillez cuasi vegetal, Don Carlos Bolívar Sevilla. El vasco, decorador estupendo de imágenes cazadas en el aire, andaba en disputas con el Tungurahua, con el Chimborazo lejano, con los indios salacasas, con el aguacatal del Pingue, junto al Patate. Querría el pintor dos meses de vacaciones en el bosque: una tienda de campaña, una linterna, una botella de agua. La boína

estaría colgada de una rama que penetraría por una esquina, curioseando, cerca del COY. Y vinieran a regodear con el pintor los paisajes de sol ensangrentado, o los decorados de aluminio de la luna. Mientras se sueña en la muerte universal de ese mal jaez de máquina que es el reloj despertador.

JAMAS ESTUVE -excepto el mar- más cerca de lo inmenso. Más hondo en mí mismo. Más profundo, en raíz, dentro del ánimo universal. Excepto el mar he dicho. Para el mar yo tengo un costado aparte. Un costillar que enjaula un corazón, como entre alfajías de mangle. Como entre cuadernas de esas canoas montuvias de mi patria, que veíamos surcar el Babahoyo, desde la borda de "LA ESMERALDA", a la altura de Palo Largo, yendo en trance de viajeros jóvenes a la fiesta de Santa Ana Samborondeña, José de la Cuadra y yo. Costillar de alfajías mangleras, que no se descuartiza. Eso tengo yo para el mar y las cosas y las gentes del mar. Porque el mar me suena en el corazón como un BONGO caribe. Para él guardo un ángulo metafísico y metapsíquico. Sería -el mar- suerte de

"enfant terrible", con su "tesoro" y su "veneno", y su "partir" y su "jugar el juego", como quieren las páginas extravagantes de Jean Cocteau.

Aquella mañanita tempranera y almibarada, hizo gotear su maravilla unciosa sobre las grandes hojas. Sobre mi frente, hoja también. Pero el sol de mediodía trenzó en el aire sus espadas dejando caer el alfanje donairoso desde la Cordillera al Valle, desde la nieve volcánica hasta la garganta roqueña donde se movía, rabiverde, la serpiente desollada del Pastaza, dejando una cáscara de trueno entre los dos cuchillos de la lava trocada ruga, entrecejo o uña poderosa y filuda.

Arriba el Tungurahua: desencadenada blancura de pliegues inauditos. Abajo la caída de agua del Agoyán, postrando un ángel vibrador y pulverizado. Enfrente, el abismo, desde el pedrón en púlpito. Más allá el viento de las cumbres gigantescas, retozando con el viento de la Selva. Cerca de mí, la soledad rumorosa de las criaturas insolitarias. Hacia lo hondo, el pensamiento. Retumbante y trágico en la carne, el corazón.

Estas formas precipitadas de la Naturaleza han solido embargarme siempre. Esas a-

guas de cristales filudos rompiéndose en la cuenca, en el vientre de la hondura, resultan una forma nerviosa de lo pétreo, en la geografía, un poco eocena, de mi Patria, que es mi propia geografía. Las formas nerviosas constituyen lo nuestro. La vehemencia. El salto. El frenesí diluvial. La cascada del Agoyán -bella como una querida histórica, bella como una interjección castellanísimas es un símbolo en marcha. Es la parábola nacional. Ese trueno puesto de pie nos habla del vaciarse ecuatoriano. Del entregarse ecuatoriano. Del darse sin lógicas ni ambages ni consideraciones de permanencia histórica. Esa cascada -como lo vital ecuatoriano- tiene no sé qué de generosidad sanguínea. Y no sé por qué se me ocurre que ese ángel de vidrio postrado frente al Tungurahua tiene el esguince de ese ángel moreno de las serranías que viste zamarro y gasta bayeta, y que cae de rodillas bajo el látigo feudal del señorón o del mestizo ensoberbecido y enzapatado. El agua, entonces, es un ademán. Es un vislumbre imaginífico. Es un tropo en emanación cósmica. Es una forma gesticulante y arrebatada. Es una idea revuelta e inconcisa. ¿Mano que se ase? ¿Cadera que se mutila? El agua -no es el mar, amigo Cipitria- cayendo infinita se fricciona contra la peña acólita y baja en miga de bizcochuelo. Baja

en enagua súbita. Llega, desde la forma lacia del azul-azul, hasta la forma ondulante de las gotas asombradas. Y, esta vez, vuela sobre los helechos y las piedras, hasta la altura de unas coníferas viudas, y sopla en neblina alegre en las alas de los pájaros atrevidos. Con la forma nebulosa, el agua parece una idea plástica. Diríase idea que se marcha y se desvanece, como ocurre en la mente política del Ecuador . . .

PERO HABLA, cerca de mí, dentro de mí, honda y aterrada, la voz de los estímulos interiores. Lengua sin titubeos, la conciencia se yergue y pregona. También el alma tiene oídos bastantes para el rumor de la palabra íntima. Una suerte de dolencia enjuta, aplastada, me sobrecoge. Una pena sofocada sordamente, una cuita alicaída me pone endeble, me mustia el asombro. Escucho el borbotar de la centella líquida, del agua rota en perenne batalla. Mas, por sobre la terquedad de la blancura, por sobre el corazón de la espuma que desciende -volando ya-, se amontona en mis ojos la alegoría de la Patria y cruza, como un ave, la bandera

fogosa de colores perfectos. Y el pregón interior dice a mi silencio:

"Como esa criatura generosa, como esas formas del agua que se pone de pie para musicalizar el asombro; como esa eterna movilidad que quisiera ser el fantasma de un astro pero que es persona inasible aunque vigilante desde la lava; como esa presencia de la frescura y del esplendor, así permanezco en ti, perenne en ti, hombre ecuatoriano. Al igual soy presente y constante en las cataratas de la sangre que te golpea las sienes. Sangre tuya en que me revuelco, joven, elástica y pura. Mas: ¿Qué has hecho, hombre ecuatoriano, para descubrirme? ¿Por qué hasta hoy no me encontraste en lo hondo de tu hondura? ¿Por qué no te extasiaste, maravillado, -como ahora ante el fragor del agua, que no es sino agua- ante mi estructura dionisiaca que se te entrega, todos los días, en silencio? ¿Has buscado mi latido, lucubrado mi espectáculo, escudriñado mi entraña, mi verdad, mi gesto? Los cabellos lacios del agua que se incorpora, luego, en polvo atomizado, apenas si reflejan la luz. Yo, en cambio, soy la luz misma. La nuca de la lava berroqueña y filuda, alegremente cruel, no hiere bastante a la espuma. Hiérenme, en cambio, las agudas veleidades, los acuchilleantes olvidos de los

hombres, vanidosos y hueros. Las ondas verdi-azules que se van, tras el orgasmo telúrico, vuelven a ser agua simple, agua-agua, cerca de la piedra menuda, de los guijarros blancos como oraciones. Cobra el agua una nueva inocencia transparente que vuelve a amar las hojas pequeñas, las raíces mínimas de la orilla mansa. Transparente soy yo como esa agua, hombre ecuatoriano. Como ella pare la onda, te pariera yo a la luz, hombre ecuatoriano, cierta vez en la Historia. Yo soy la Patria. El viento que olfatea por las crestas y ladra hacia el oriente y echa su aullido a rodar entre los desmelenados chaparrales, y cuelga ventanas de abismo sobre las catedrales del granito, te da mi noticia ingravida y remota. Aprende a traer henchidos los pulmones con el viento de la Patria. Que su vaho inmortal penetre en ti de nuevo, si acaso estuvo emancipado de la sangre . . . "

FORMAS PRECIPITADAS. Arisco entrecejo de la Geografía. Rugas de la Historia. "Naturaleza ha hecho un gesto horrible", -dice la Palabra Montalvina, encarecedora de las excelencias de Baños de Ambato-. A la ver-

dad: naturaleza batalladora, palingenética. La caída del Agoyán podría, en un momento dado, convertirse en "Las Catilinarias". Naturaleza movible, transformable, cuasi humana. Silencio nevado de la cumbre, o trueno fragoroso del abismo. O bien, mansedumbre de las aguas ya apacibles, soportando la génesis de fuego del Tungurahua estupendo. Historia Patria. Serranías desgalgantes de lava encendida, o páginas inmarcesibles del cañón heroico. Un lucero escintilante sobre el Tungurahua dormido, o el zafiro y su fulgor en la corbata de Montalvo. La catarata tripulando la roca navajuda, o Alfaro sacudiendo la Onda Humana.

REVENTADORA CRIATURA, agua del Agoyán, el alma vuela hacia tu peligro. Y acaso va hacia ti para medir inmensidades. Porque el alma humana es el síntoma de la Creación y, como ella, infinita. Agua del Agoyán, desollada serpiente del Pastaza, tienes que convenir en tu inmanente pequeñez: por no sé qué he empezado a pensar en ti con ánimo de huerto. Y sobreviene, de pronto, gigantesco como su Dorado Siglo, como un

Tunguragua de oro que vistiera de Fraile, el fantasma de Luis de León. Y la serpiente desollada del Pastaza, como mirada con un catalejo de revés, resulta inmadura, impoderosa, incósmica. Crece el fantasma del inmenso Fraile, y aparece el huerto, y en él, el agüita "nemorosa" caracolea cerca de los árboles, se arrastra como una lombriz hortelana, mueve las hojas pequeñas, trema, se esconde. Y Fray Luis pasea por las montañas rugosas como por sobre los terrones humedecidos donde medran el tomillo y la mejorana. Y es el dueño del agua, el señor del agua, el novio del agua. Y el agua inmensa y volcánica -agua en airado son de selva; agua en remedo de astro; agua en propensión de abismo- se torna perfecta en la micro-vida de la gota que cae de la regadera y queda temblando sobre la hoja purpurina y velluda del joven rosal. Agua de Fray Luis, cantora de la soledad. Agua pequeña, agua minuciosa, agua lueña, agua niña, agua que corre entre jaspes hermosos, sin el hombro desnudo de la espuma cachonda. Agua mínima, agua fluente, ánima de la yerbabuena. Anima tembladora del berro, sano y puro como el campesino y el leñador. Agua de alberca que besa las manos y los pies del hombre inmenso; agua... ¡Y nada! Lo que ocurre es que estoy mirando al Pastaza resolverse como un problema líquido

do, deslizándose a más de doscientos metros de la cortada roca que cae en muralla hasta lo negro. ¿Cómo no he volado hacia el abismo, de un verde empellón de las montañas inmensas, en alas del vértigo hipnotizante? Porque me ha salvado el saber "jugar el juego" de Jean Cocteau: pensé, sobre el Pastaza, sobre el río minimizado por el abismo, en el agua de Fray Luis y "partí" con ella: y sobre el trueno hondo, escribí la estrofa acariciante y líquida:

"Y luego sosegada
El paso entre los árboles torciendo
El suelo de pasada
De verdura vistiendo
Y con diversas flores va esparciendo..."

AGUA DEL AGOYAN, apología de la catástrofe. Apología de lo volcánico a perpetuidad. Apología del Agua. Pero: ¿Y el poder de la Sangre?

La sangre es sangre y, por ello, supera al agua. Busca por sí misma el recaudo de su entelequia. Empuja como el agua; pero se ga-

na a sí misma. Y permanece: entanto que el agua se marcha y no vuelve. O se estanca en definitiva. No hay ríos de sangre. No hay lagunas de sangre. Es -y aquí está Dios- círculo perfecto. Es dinamia y estática. "Circula". Y a veces -como la del Agoyán- se arrodilla: pero se levanta siempre, cargada de pasión. Es la generosa presencia de la vibración divina. Es luz. Color. Pensamiento. Imagen. Poema. No deja -por ello- de ser "forma precipitada", como las que suelen embriagarme. Cuando adviene el amor, tiene de río que se pone de pie -cascada- o de playa oteante donde hay furias vivas -rompiente marina-.

Solo que la fuerza interna del plasma nunca ha de ser sinergia mecánica, fortaleza mineral. Su dinamia alcanza la creación. Es fecundidad. Actividad celular en constante palingenesia. Por eso, la sangre -harto tropical, es cierto- del Ecuador, suele licuarse en los holocaustos generosos, y saltar desde los agoyanes de la Historia. Empujada por los ventarrones de las batallas civiles. Porque los agoyanes históricos de la sangre, en que llueven lenguas paráclitas -10 de Agosto de 1809, 24 de Mayo de 1820, 28 de Mayo de 1944- nos dejan una enseñanza: la de las "formas precipitadas" de la vida. Que lanzan la potencia vital de dentro afuera. Que se dan a sí

mismas. Que se disparan en bala o zoospermo. O en verbo animador. En la palabra de la Patria, que hay que saber escucharla. Si: **¡A-BER ESCUCHARLA.** En las sílabas que nos laten en las sienas hablándonos, en precipitación interna. Sílabas sonrosadas de la Patria generosa, joven, pura. Sílabas como gotas de sangre:

"Transparente soy yo, como esa agua, hombre ecuatoriano. Como ella pare la onda, te pariera yo a la luz, hombre ecuatoriano, cierta vez en la Historia. Yo soy la Patria. El viento que olfatea por las crestas y ladra hacia el Oriente, y echa su aullido a rodar entre los desmelenados chaparrales, y cuelga ventanas de abismo sobre catedrales de granito, te dá mi noticia ingrávada y remota. Aprende a traer henchidos los pulmones con el viento de la Patria. Que su vaho inmortal penetre en ti de nuevo, si acaso estuvo emancipado de la sangre . . . "

Cuerpo Presente

de Don

Juan Montalvo

3



ISITANDO AMBATO no se puede por menos que, en obediencia a una suerte de ley de gravitación, ir a parar a la Casa de Montalvo.

"Tierra prieta y güena" como mienta la tonada, esta zona del Ecuador tiene no sé qué que se deja caer al corazón. Pero cae más al espíritu. Y atrae. Por eso, quizás, el Mausoleo o Templo Montalvino, situado en el ombligo urbano, trae consigo funciones de imán. Un imán que hubiese caído en una cesta de frutillas circuida de estrellas y "jazmines de persia".

Casa de Montalvo. Con un ademán recoleto, junto al reloj que se alza, austera-mente redondo, como una palabra sustantiva en español, sobre sus torres de cuadradas paredes coloniales. Casa con pilares añejos. Con

ventanitas altas. Con rejas de hierro que, brotando sobre la calle, la contemplan asombradas. Y junto a la casa enjalbegada, lo pétreo y mineral. La palabra gris de la piedra, hecha estructura señera. Piedra madre, donde rebota la luz: eso es el Mausoleo, donde se yergue la forma nacida del granito. Arquitectura de la Sombra, ondulando en la presencia rotunda del sílex. Pulcritud positiva. Ausencia de espadañas.

Bordeando el parquecito me he llegado hasta el recinto. En los corredores de la Casa de Montalvo hay copia de gentes que observan algo en las paredes: se trata de una Exposición de Jorge Cipitria, pintor español. Retratos al carbón, trabajados al vuelo. La maestría del pintor se exagera en las líneas veloces del dibujante. Parvas. Mondas y lirondas. Y el retrato ya está.

¿Quién es este hombre todo vestido de negro -incluso el marco gruesísimo de los anteojos- que anda ciceroneando a los espectadores? Mirada honda, continente austero. Piel un poco cetrina. Cenceño. Mano fina, nerviosa. Cierta ligero prognatismo dentario le dá un hablar sibilante que le hace aún más atractivo. Hombre joven: sus movimientos son lentos, pero firmes. ¿Quién es él? Desde el

patio, a las espaldas de todos, miro. No es tiempo de interrumpir: volveré otro momento. Y entonces, será en mi segunda visita a la Casa de Montalvo que conoceré, mano a mano, en presentación amical, a este diáfano, cordial, casi aéreo Pablo Balarezo Montcayo, Secretario de la Institución: aquella figura cetrina todo enmarcada en negro -antiparras gruesas, incluso- que inquietaba mi curiosidad.

Solemnemente, a pedido mío, Pablo abrirá la puerta del Templo. Con una doble sensación: recogimiento casi místico y curiosidad casi salvaje, mis pies me llevan hacia lo hondo. Me parezco a la sombra fantasmal que, en un cuadro de Mideros, penetra por la Puerta de lo Impenetrable . . .

OCHO CUARTAS -de las mías: gigantoides- hacen, a toda broza, y con mente de leñador- (nacieron mis abuelos maternos a filo de bosque y de resinas aromáticas, cabe el Namurelti), el pellejo sagrado de Don Juan.

Tendido en tronco yacente, la línea horizontal es, ahora, su única expresión. Liviana como la balsa, su carne de momia no es despojo: es, se diría, decúbito vegetal de árbol abatido en tempestad, sin caudal de hojas ni de ramas. Como esos troncos totémicos que hacen Historia, Geografía y Mito: vegetal sagrado. Como esos grandes troncarrones flotantes que, en libre desplazamiento, bajan en las mareas grandes del Guayas ponderoso, trayendo consigo el axioma de la línea recta. Montalvo fué -y es- ese género de línea. Y ninguna dialéctica mas a tono consigo, que la que usa hoy, en trance de cadáver. ¿Guayacán? ¿Matapalo? ¿Pechiche? ¿Eucalipto? ¿Capulí? ¿Alamo Real? Defenderíase el Castellano Señor: y mentaría los durazneros de sus huertos, o los sarmientos de sus viñedos, para la flexibilidad; y las encinas de la Europa, para el ánimo ballador . . .

Y bien; y si no todo es cosa enjuta; y si no todo resulta angulosidad; y si hallamos las formas del cisne en los pies, en los dedos ondulantes del cadáver; si la vibración y la voluta están presentes, todavía, en el brillo de la luz sobre el nácar de la uña y el esmalte del incisivo perfecto y rutilante; si aun está, semiborrosa, en

la nuca, la insinuación del rulo: ¿Qué no diremos del ambiente de infinitud fáustica de la psique voladora del Cosmopolita? Y es que hallarse cerca de este "Cuerpo Presente" es ya ir tocado de eternidad. Montalvo presente, Montalvo tangible, en cosa actual yacente, en vegetal sagrado, en fenómeno sensorial absoluto, en coeficiente biológico, en vaho de la Sombra que es carne disecada en asalto y detención al tiempo rapaz y a los gusanos, en estupefacción de la Forma; Montalvo en la tangencia, Montalvo en la yema de mis dedos -diez asombros latiendo- que se atreven a pasear por la piel ocre, oriñecida, del Embalsamado, es la fuga, la ESCAPADA coctoniana más fuerte que he logrado en mi vida, en esta empresa de armonía de mi vida, a lo largo del suceder de mis días . . .

DENTRO DE LA AUJERIDAD del Mausoleo cargado de fantasmas de la luz y gritos de la piedra y alaridos de la palabra hecha cenefa de oro próxima al artesonado: "El Buscapié", "El Regenerador", "Siete Tratados", "Geometría Moral", "El Espectador",

"El Cosmopolita", "Las Catilinarias"; tras el Ara Funeral; cubierto con una bandera ecuatoriana -obiedad rigurosa- sobre un dispositivo de madera y fuera de la urna, yace el SOMA de Montalvo en trance de preparación química. Lo están arreglando de modo definitivo. Cubierto de sales, bañado en substancias, el pellejo, un poco corroído, trata de permanecer aún en manos de los hombres. Diríase industria de salamandras la que ejercitan esos ambateños para salvar del polvo a ese estandarte inmenso de lo humano trascendental. Nada menos trataría de hacer el Señor de Astarac en las páginas inmortales de Anatole France. Por obra de "máquina", que dirían los escudriñadores de alquimia. Los alarifes de la Edad Oscura. Los de la Piedra Filosofal. Pero: ¿Y la ondulación de la carne? ¿Y el brillo vital de los cabellos? ¿Y el matiz de la pigmentación? Por entre el labio disecado y roto asoma la dentadura finísima y refulgente. La sonrisa de Montalvo ha debido ser hechicera, llena de embrujo, arrebatadora: así sonreiría a su enamorada europea, la Condesa de Pardo Bazán. O sería incisiva y cortante como el viento del Tungurahua cuando supiera la muerte del Tirano. Sonrisa helada. Como un breve "jaikai" japonés. Como este "jaikai" del poeta nipón Matsuo Báshó:

"Una cebolla blanca
Recién lavada.
Sensación de frío. "

Dientes blancos, pulquérrimos. Pero labio roto, asomando los alvéolos amarillentos de la calavera. Ocre apagado, la piel se adosa, íntima, al hueso. Tierra amarillenta, el cutis se adecúa a los maxilares. Crecen, vegetales, el bigote, los pelos rucios de la barba. ¡No los viera Don Juan! Cae aquel, lánguidamente, junto a las comisuras. Crecen estos como lianas oscuras y ralas, arrastrándose roji-negros sobre el mentón, reptando hacia el cuello. Don Juan, estáis barbado pero no podéis miraros porque hay dos mariposas que se os duermen en los ojos: dos pardas mariposas los párpados, posadas en las corolas de las cuencas. Mariposas de grisura final, inmensamente tendidas hacia el Infinito.

PERO QUEDA la frente. En mi soledad retumbante, poblada de estremecimientos, miro el resplandor. ¿Cascadas de los bombillos que circuyen el túmulo? ¿Obra propositada de los reflectores? ¡Que no! ¡He visto el res-

plandor! ¡SU resplandor! Y he cobrado pavidéz, tremor, angustia que se atomiza. He sido gusano, pequeñez, nimiedad. Mientras crece el fantasma. Mientras crece la Llama, la Luz. Criatura del fuego, la frente de Don Juan Montalvo tiene tal copia de infinitud luminosa que en ella están sentados, sin alcanzar a medirla, dos ángeles de fuego. Domina en ella, como en Sirio, lo escintilante azul. Aquella luz bailadora de ese zafiro estelar que en las noches despejadas y veraniegas compite con todas las estrellas de la Constelación de Orión. Se dora la cara del cadáver; y mientras más pugnan mis ojos desmesuradamente abiertos para encarar la luz, más crece el fulgor. ¿Qué resplandece allí? El rayo de la Muerte. Porque el Pensamiento está lejos de la bolsa carnal: ha penetrado en el Mundo, ha quebrantado lo mineral humano, ha ido a lo hondo de las vetas y, entre el cuarzo y los diamantes, entre la maravilla protéica del tesoro idiomático, yace en el Libro que es Monumento. Que es, también, Mausoleo. Pero la idea vivificante se ha extravertido en el alma "montalvina" de su pueblo que la conserva inmanente: suerte de MANA australiano o KA egipcio de las lecciones de etnografía. La idea vivificante de la enseñanza transcurre, sosegada, en la Villa de Ambato y se escapa de ella, y cubre, en

tropel animista, el Continente todo y las lindes de la Raza.

El fulgor de la frente de Don Juan ha de medirse por su prolongación sobre la Moral humana, esguazando diáfananamente la sangre de las Generaciones.

EL RETRATO DE MONTALVO obra del eximio Villacrés, tiene -como todo lo de éste- mucho de espumoso, de alado. Los rulos, aquella cascada de espuma morena (tal la tinte si espumase); los "anillos de azabache" se hacen aéreos, se atomizan y concluyen por volatilizarse en el cuadro. Se esponja la imagen. Se encrespa el color, hay pinceladas nebulares. Este es un Don Juan sublimizado en el color y en el contorno. Colores fresquísimos, como si hilasen aún de la paleta al lienzo. Este cuadro es, vale decir, una metáfora de Don Juan. Sale, sube, se eleva y se marcha. Es el empireo.

El nuevo retrato de Don Juan Montalvo que está terminando el pintor vasco Jorge Cipitria, reúne un poco más de acento. Adquiere lastre. Carga arcilla. Cemento huma-

no. Al empretecer acusadamente el rostro, agudiza la mirada. Se piensa inmediatamente en aquello de que sus ojos "se van como balas negras al corazón de los enemigos y como globos de fuego al de las mujeres amadas". Así como lo ha hecho Cipitria está más cónsone con las sugerencias que deja el cadáver. Esa amarillez terrosa; ese desgargarse del bigote cuasi nipón; esa pretez barbiral, denuncian al lampiño "moreno". El mismo Montalvo se agarra a decir: "Esta barba... Aquí te quiero ver, escopeta. Dios en sus inescrutables designios dijo: A este nada le gusta más que la barba, pues ha de vivir y morir sin ella: conténtese con lo que le he dado y no se ahorre las gracias debidas a tan espontáneos favores."

Moreno, barbipelado. "Moreno -dice Leopoldo Benítez en alguna parte- porque en sus venas latía, con bullente hervor, la sangre del ibero y del moro de piel atezada, que hizo acuñar la gracia del término "moreno". Cipitria acusa, aún más, esa morenez. La pone más cachonda, más convincente, más cargada de una deliciosa frescura romántica, de un tangible vaho de humanidad.

.

Don Juan cierra sus párpados, -lo he visto poniendo mi aliento, de vida que galopa, cerca de la fría tuberosa del rostro momificado- con una tal convicción de eternidad, que se diría estar aprisionando por lo hondo imágenes queridas e infinitas. Como si viera, nuevamente, para adentro, todo lo bello contemplado; como si se empeñase en conservar -mirándola hacia lo interior eterno- la imagen de la Belleza que es "armonía visible, música personificada".

¿Con quién platica Don Juan?

.

A FILO DE NIÑEZ conocí a mis tías abuelas. Unas damas lechosas, almidonadas, que fumaban cigarro y oraban a la Reina del Rosario. Beatas solteronas, coledizas a pétalo de rosa, a flor de retama, a crema de almendras, a arcón de nogal, a cajuela con "escondite", a costurero de cedro con pañuelillos de lino, a "agua de cara", a vainilla, a flor de membrillo, a vino Málaga, a naftalina, a roscas de yema y quesadillas secretas en los potes de los armarios gigantescos. Hijas sabias del sabio cuencano Pío Bravo a quien

otro sabio, esta vez ambateño, Pedro Fermín Cevallos, llamara "ilustre hijo de la ilustre Cuenca". Naufragando en café tinto, conversaban las abuelas entre sí. Mentaban a Montalvo. Empece a lo vitando del heresiarca, hablaban de él con ardor, lo defendían, lo amaban . . . ¡Las beatas! He aquí cuanto escuchó el niño: Viviendo en Quito, las abuelas conocieron a Don Juan; habitaron la misma casa, tabique de por medio. El vecino Montalvo velaba, velaba en su alcoba. Matizaba la velada y la lectura con sorbos de café tinto. Las abuelas le aconsejaban descansar. No. Le aconsejaban dormir. No. Le insinuaban refeccionarse por la noche. No, no. "Mil gracias Doña Rita, Doña Adelaida; mil gracias Doña Micaela, Doña Olimpia: pero la noche me necesita para la lectura y a la noche hay que ayudarla en la tarea espantando al sueño". Marchábase Adelaida, la rubia; marchábase Rita, la trigueña. Marchábase Olimpia, Micaela: y el hombre de fuego trabajaba hasta rayar el alba.

Ciertas noches las niñas miraban por el ojo de la llave; y antes de echar a correr alzándose los trajes largos por los flancos, veían al cenceño caballero inclinado sobre sí mismo, hundido en el océano de sus ideas, sobre papeles y libros. Ni un gesto. Apenas

si un hundirse rítmico de los dedos finos, aguzados, en la espuma encrespada del cabello. Los dedos escarbaban. Los dedos de flexible espada hincábanse en las sienas ondulosas y ensortijadas. Los dedos hacían como extraer los pensamientos de la hondura incógnita del cerebro. Y así, casi pétreo, permanecía de cara al pozo de la noche profunda, mirándose en ella, moviendo apenas entre sorbos de café frecuentes, las hojas de palmera de sus dedos.

Los dedos de Montalvo son en la momia una incitación a la caricia. Manos largas, ducales, se cruzan suavemente sobre el pecho, en la rigidez cadavérica. Pero allí donde la carne enjuta se ha hecho hermana del hueso, acartonándose; allí donde el músculo se contrajo adosándose a la cal; allí donde lo agudo y vidrioso de la dermis claudicante se arrodilló enfrente al Tiempo, allí empezó también para contraste la ondulación de la Forma. Al acabar el palo de naranjo de la muñeca salta la paloma de la mano y alza el vuelo hacia ninguna parte, ondulando, perfecta. Vuela en el aire la mano, sostenida por la rigidez anterior. Y se eleva: como que bendice. Y están perfectos el dorso, la cuenca, la "acción" de los dedos largos, largos. Dedos en hoja de lirio jugadora de esgrima, sobre los que se posa, apenas, la uña

nacarada. Los envidiaría Chopin. Son una realización carnal, un logrado gótico de la aguja. Dedos de los Cristos de Vélez, cristos azuayos que conquistaron retablos italianos y franceses. Dedos enamorados de sí mismos: se miran, mutuamente, como narcisos. Y aguzándose, remedan la evasión; logran la evasión fáustica. Como el ramillete de agujas de la Catedral de Colonia: ramillete gótico. Réplica realizada "scherzando" al turbión plateresco del cabello donde culminaba -se diría- el barroquismo idiomático de Don Juan. Aunque la "explosión de anillos de azabache" se convirtiera en una verdadera explosión destructiva. Porque lo de los anillos resulta, ahora, una paradoja sepulcral . . .

¿Y EL PIE de Don Juan? El pie es, casi todo él, voluta. Se comba en el primer dedo, hacia arriba, como se comba el seno femenino, como se comba la pechuga del cisne. Y empieza a ondular. Ondula en el tarso, en el metatarso. Buscadlo en Laoconte, en los hijos de Laoconte, en el Apolo, en los frisos griegos, en Fidias y sus pedrones y su cincel. Buscadlo siempre en el Atica. O quizás, en

la "Renaissance". Es, todo él, movimiento y onda. Caracolea como un discurso: el de "La Corona", de Demóstenes. Caracolea como las randas de palabras, como los bordados gobelinos de las ideas montalvinas en los "Siete Tratados". Queda su imagen. Se la lleva siempre. Es pie de estatua, pie de cristo. Yo he adivinado cerca de él, contemplándolo, el fantasma de Cellini. ¡Estupenda forma escultural! Más allá del talón redondo y convincente, se fuga la planta y hace una curva acentuadísima, angustiosa, casi femenina; hasta que brota de nuevo en el límite de los dedos que caen, rotundos, en cascada musical en tubillas de órgano para los enanos de Blancanieve, en siringa panida de escala sucesiva, pentafónica: desde el pequeñito arrebujaado en su propia orfandad, hasta el mayor que salta a lo alto como un gorrión bizarro.

LA GALLARDIA DE DON JUAN se confirma por su estatura. Lo he medido en tronco yacente, con manos y alma de leñador. La caja torácica se alza todavía en el edificio somático como estaría bajo la pechera de lino, aquel 17 de enero de 1889, cuando

en el número 26 de la rue Cardinet, en un invierno parisino, mandaba a comprar las rosas que, ayudándole a morir, le ayudarían también a optar su son de momia. Allí están las rosas disecadas.

Ancho en la clavícula, la espalda casi atlética, anchurosa también, presenta en el omoplato izquierdo una abertura de herida propositada. Una puerta catedralicia que se parte en dos.

-La operación. La huella de la operación. El corte del bisturí- define Pablo Balarezo.

-Operen como si la cuchilla no produjera dolor. En ninguna ocasión de mi vida he perdido la conciencia de mis actos . . . "

Pablo Balarezo se resiste a creer en la posibilidad de esta filosofía estóica: y lo echa a cuentas del Mito Montalvino, pese al Señor Yerovi, pese a Rufino Blanco Fombona. Este escritor, refiriéndose a Yerovi, dice que la operación consistió en "levantar dos costillas de la región dorsal, después de cortar en una extensión de un decímetro las partes blandas de esa región; dar la mayor dilatación a la herida, mediante pinzas que recogían carnes sangrientas y luego colocar algo

como una bomba que tiene el doble objeto de aspirar los productos del foco purulento e inyectar líquidos antisépticos".

-Operen, como si la cuchilla no produjera dolor . . . "

Y así se estuvo, hasta que acabaron el médico Labbé y los más. ¿Cómo soportó el dolor? Hay quienes otorgan a esto calidad de milagro. Pero es que a Don Juan le dolía más su orgullo de hombre que el pellejo propio. Le dolía más la Patria, yendo a morir: y así polarizó su dolor lejos de sí mismo.

LA PARABOLA de la noche ha caído cerca de mí, trayéndome a sometimiento. He abandonado, temblando, el Mausoleo de Don Juan.

De hoy más, mis ojos mirarán para siempre la plastificación de las Formas salvadas de la Muerte. Breves días pasados, volveré a ver la nariz de Don Juan, ligeramente aplastada; veré su labio derruido, dejando mirar dos dientes nacarinos; su barba muerta y rep-

tante en lento ademán; su bigote abandonado; la forma polvorienta de las cuencas; las mariposas grises del párpado bienhechor; la nuca humillada, sin más explosiones de "anillos de azabache"; los dedos góticos; el arco menudo de las uñas; el gesto bendiciente de la mano en paloma ciega; las garzas gemelas de los pies.

Que vengan, que vengan ahora los químicos. Que vengan los artistas. Que trabajen mascarilla para el rostro, vestimenta para el cuerpo. Yo no veré a Montalvo en éso. Don Juan estará para mí todos los días en esa yacencia desnuda y acartonada de su momia veraz. Estará conmigo, a solas, detrás del Ara Funeral, derruido en la materia, claudicante en lo mortal, espatarrado. Así lo amo, con el desvario inmenso con que suelo amar lo inasible, "la maravilla", lo que no alcanzan ni el pensamiento ni la mano. Lo amaré en lo propio de él: no en lo adosado. Su calavera, sus entresijos carnales destroncados, seguirán diciéndome:

"Pregunta al rey, señor de pueblo, que vive mandando y gozando a banderas desplegadas, obedecido de sus súbditos, amado por sus queridas, respetado por los otros príncipes; rico de hacienda, fuerte en poder, ilus-

tre de nombre, ¿cuántos días ha sido feliz en toda su vida, y te responderá: ¡catorce! Pregunta a la mujer hermosa, que ha dominado en los corazones, ha hecho víctimas y esclavos, harta de riquezas y de pompa, contoneándose como un orgulloso cisne; pregúntale cuántos días ha sido verdaderamente dichosa y te responderá: ¡cuatro! Los demás son de la inquietud, de la zozobra, de los temores, de los celos, del arrepentimiento, de las ambiciones, de la cólera, de la envidia, de las amarguras, del fastidio, del odio, y la mayor parte, de las enfermedades y el sueño. Conque ¿cuántos días se vive? Conque, viviendo, ¿cuántos días gozamos de felicidad acendrada? Grande, antigua y triste afirmación: nadie puede llamarse feliz sino el día de la muerte".

Y he aquí que Don Juan es ya feliz. Prácticamente feliz. Notoriamente feliz sin acceso a duda alguna. Porque en él hay una sola cosa que vive: la rotunda plasticidad de su muerte. La corporeidad de su anhelo.

Después, lo entrarán a la urna. Será en breve. Estará ornado, adobado, el cadáver. Habrá pasado por sobre la persona de Montalvo el ambiente de la persona humana. La mano del pintor irá echando masilla sobre las

hendeduras. El ojo del pintor socavará las sinuosidades mínimas, las protuberancias. Cariciosamente, los dedos humanos harán en la momia de Montalvo un nuevo retrato de Don Juan. Yo no contemplaré ya la acabada obra artística. No iré a mirar rulos extraños, bigote postizo, cutis adosado. A Don Juan lo tengo yo más allá de la tiniebla de mis ojos: y anda nadándome en la sangre, y es guazándome los sentidos. Lo guardo tras el costillar de alfajías que he dicho tener en mi pecho. Acá quedáis, pues, Señor Don Juan. Os he ubicado por lo hondo: más acá de mí mismo. Al otro lado de mí . . .

Dintorno y
Parcelación
del Ambito

4



COMO SALTA la alondra, en flagelo de música, desde la tierra al cielo, en las primeras pinceladas de la Primavera: -de aquellas primaveras demasiado dichosas de Ladislao Reymont-; así arranca en potencia alada la mañana ambateña desde el hombro azul de los cerros para descolgarse en el jardín multánime.

La ciudad amanece entre estampidos esponjosos de cohetes puebleros: hay una fiesta mitad indígena, mitad castellana-medieval. Los cohetes esponjosos riman, en la mañana, con la clara verdad de los colores claros. Rotundos colores que solo hacen color: sin matiz. Campanulas moradas. Amapolas de rojo punzó. Verde exacto. Blanco enjalbegado, de cal nueva. Azul derramado, en piélagos, espatarra-

do. Conocí versos de mujer que, haciendo aquí burbujas de pintura, para el caso, dirían:

"Verde de esmeralda,
Verde vegetal.
Con todos los verdes
Verde el campo está.

Azul de cobalto,
Azul de ultramar.
Los cerros se embriagan
De azul y cristal.

Rojo de Venecia,
Rojo de coral.
Por largos caminos
Los ponchos se van.

Con trenzas de tinta
Cubriendo el percal
Por sendas rosadas
Las indias se van.

Verde de esmeralda,
Azul de ultramar,
Rojo de Venecia . . .
¡Paleta total!"

Los versos, dedicados estaban al paisaje de pastoral virgiliana que se acuesta cabe las

vegas del Azuay, pobladas de alisos. Pero esta maravillosa amanecida ambateña, este módulo cristalino y tibio del Ambato que, por sobre el Tungurahua azula sus bufandas y se empina en guiño de luz hacia el Tomebamba, me llama a derramar la mies del verso colorido, sávido, en la mañana del parque provinciano, perfumado y propicio. Aquí escribiré mis apuntes de dintorno y parcelación del ámbito jardinero, del ámbito de vientre paridero, del ámbito de claridad entreabierto, en que leuda la felicidad, de esta ciudad blanca, donde laten y huyen hacia el atlas de la noche, las asombradas gotas de la luz inmensa.

El "Amanecer" de la suite del "Peer-Gynt" de Grieg, se derrama en mi espíritu, esta mañana, colmándolo de bienandanza. Como aros nupciales, se trenzan las voces de las criaturas. Delira, ebrio de color y de perfume, el jardín, frente por frente al conjunto pétreo, semi-gótico, de "La Providencia". Se batallan, caracoles gigantescos, la tierra con el cielo: sube el humus en aroma: baja la nube en ángel de labranza desde el cristalino turquí del cielo que se mira, asombrado, en la fuente bullidora.

M E R C A D O

RETUMBA -como en la ficción del de Li-móges, en las páginas impresionistas de Moussorgsky- la voz humana, la criatura humana. Y asciende, musicalmente, desde la entraña del fruterío, la miel acariciada y trémula de los jugos. El mercado se evapora: insurgen brazos, bocas, zarcillos, pliegues, formas.

El mercado de Ambato es uno de los más prolijos. Allí está la bella sustancia del Ecuador. La Costa y la Sierra. Domina en él todo lo que es color. Perfume. Oferencia sensual. Aquí hacen irises paladeables los zumos de la mora y de la frutilla. Aquí la mañana se desfleca entre los desgarros de las fresas y el encendido rubor de las manzanas. Aquí devora el aire su propia sustancia cargada de olores nutricios. Aquí la golondrina navegante del pensamiento, está golpeándose las alas contra el cristal duro del cielo de cobalto, entanto se despiertan los instintos y se alzan sobre las cuatro patas. Pero hay algo de polifonía agradable en las voces múltiples. La torpeza de la mano estrujando la piel de niño del durazno velludito, se trueca en acuciante caricia: y cobra acometividad el impulso primigenio, y triunfa el diente. El mordisco.

Se entreabre un arcángel de perfume y miel, y se despliega sobre el viento.

Ved, sentid aquí el ritmo de las criaturas: el alma edáfica, de verdor recién nacido, de la lechuga, colloquia con el ánima evaporada de los lirios donceles, bajo la agilidad de la luz matinal. Juntos se encienden el bombillo eléctrico del aguacate verdi-negro y el farolito chino del tomate ruboroso. Emprenden regatas interminables los amarillos bongos de las papayas cuarteadas, y naufragan en mares de arroz, entre arrecifes de manteca, las velas cangrejas de las chuletas de cordero. Los costillares de choncho, únense a la tragedia: y arriman a la orilla de las cestas (PITAKAS las llamaba el budismo de Rajaga), las desvencijadas cuadernas untuosas. A propósito: conste, en obsequio histórico, que el Muni de los Sakias falleció por un atracón de choncho y un naufragio de arroz. Lo dicen las "pitakas" . . .

¡Mercado ambateño! Recuerdo mi primera mañana en que, saliendo del hotel sin garmarme el desayuno, fuí a dar conmigo en un océano escarlata de perfume: el jugo de moras. Apenas hay -por cierto- cosa que dé mayor sensación de cenestesia que el beber un vaso de jugo de moras que la comadre vendedora

le extiende a uno, ensanchando a la vez una
sonrisa que socava una playa de margaritas . . .

El mercado ambateño tiene de naipe im-
bricado que se agrupa, que se adosa en ho-
juelas amortajadoras de perfume. Se alza, múltiple,
sobre pies de aroma. Surca el cielo como
una súbita flor humana o una ave vegetal, y
luego, vuelve hacia sí mismo tal una verde
Diana cazadora que, levantándose sobre las
yerbas y las uvas, por el aire, hacia los cie-
los, bajara con la rosa capitana de la Aurora
entre los dedos . . .

LESBIA JAZMYNIA es flor recoleta y
sáfica del pensil poético ecuatoriano. Yo tengo,
entre mis cosas íntimas -acaso como el e-
quino Señor de Aretal, de Arévalo Martínez-
los collares de amatistas y topacios que, por
encargo, dejara en mi poder, en vieja y em-
briagadora oportunidad, la escondida salaman-
dra escrituraria . . . Mas yo, por sensación de
abandono, doy al viento la música ajena del
ajeno verso; y sospecho que fué el mercado
ambateño el que inspiró a **LESBIA Jazmynia**
poema como este:

SINFONIA DEL MERCADO PLENO

"Música de voces, fiesta de colores:
Riman las palabras con frutas y flores.

Mercado bermejo de tibio ropaje:
Cada rincón tuyo se cuaja en paisaje.

Carrousel de gritos, ancho cascabel:
Tu coquetería se huele a clavel.

Madrugan manzanas para tu sonrisa,
Y te ata pañuelos de aroma la brisa.

El sol que se asoma soplando jilgueros
Juega en los tejados, ríe en los aleros.

En rostros de piedra tiemblan los zarcillos.
Junto al fruterío que alza sus castillos.

Breves ritornelos gañen las polleras
Danzando una danza de vastas caderas.

India colorina de cara tostada
De sabor a frutas y tierra mojada:

Tú pintas la plaza con tus mil colores
Y todo lo llenas con tus resplandores.

Decora tu espalda como un arrebol
Un niño moreno como barro al sol;

Y el guagua chiquito es gota de miel:
Gota e' miel de caña que borra la hiel.

¡Mercado sonoro! Baila todo el día
-Cual trompo de música- tu clara alegría.

Mas viene la tarde y te hinca su daga
Y en la amplia garganta todo se te apaga.

Entonces, tu rojo desangre de ponchos
Atónitos miran los cerros rechonchos.

Recitando estos versos, me he perdido entre la hilera de candelabros de unos jacarandás que alzan en la tarde la llamarada de sus brazos azules.

PROCESION

LA MAÑANITA ha nacido mal dotada. También en Ambato hay, alguna vez, grisura y palidez. Opacidad y melancolía terrena. Escalerillas de viento se asen, con uñas febles,

de las hojas altas. Es lene el murmurio de la Naturaleza: se parece a las palabras de Schmuyle, judío pequeño y rapaz, frente al ventrudo Samuel de la leyenda musical.

De pronto, ha retumbado el órgano en la Matriz. Pero es simple coincidencia: nadie pagó esa música solemne para la procesión menuda que desemboca en la callejuela.

Diez músicos de sopro. Platillos, bombo, tambores. Cinco niñas vistiendo colores encendidos. Lila, verde, rosa, escarlata. Tres payasos. Las niñas se atan las trenzas negríssimas con el tricolor nacional: hondo sentido profético. Una mocita de veinte años lleva, orgullosa y santificada, la urna donde se alza, entre sonrisas de albayalde, un niño crucificado. Resulta maravillosamente infantil la trampa artística de una sonrisa muchacha florecida por lo alto y unas manos que sangran copiosamente en la crucifixión. Esta actitud crucificada y sonriente a la vez me hace evocar -sin quererlo- la figura de Pablo borbotando sangre sobre la nieve, en el Pasaje Monthiers, entre Clichy y la calle Amsterdam, herido por Dargelos en "Los Niños Terribles" de Jean Cocteau. Un niño crucificado, con sangre en las manos y una sonrisa inmensa y deliciosa, no puede estar haciendo otra cosa

que "jugar el juego" como quiere el extravagante escritor francés. Como en el Pasaje Monthiers . . .

Frente a la Matriz, soslayando el Parque Montalvo, el niño que "juega" disfrazado de indio, desovilla el discurso. Tira las palabras, como cintas largas de colores, sobre la brisa pequeña y menuda. Y suena el villancico, quema el incienso, huelen las rosas. El clavel desflecado y alfombrado por el suelo, se espatarra como un chico bravo que patalea.

"Dulce Jesús mío,
Mi Niño Adorado . . ."

Empezaron las venias y las genuflexiones. Y con la danza pequeña y limpia, los niños se marchan. La urna se marcha. Los músicos se marchan. Con todos, se marchan los arlequines bizcos, de cofias puntiagudas. Por la calle gris se adelgazan, hacia la lejanía de las lomas alledañas, las figuras ondulantes de los piecitos desnudos. Pies desnudos de niños campesinos, alejándose entre el olor humilde, entre el color humilde, entre la danza humilde y la canción humilde. Pies repentinos en la mañana gris, como gotas desperdiciadas de un jugo de naranja. Como entrañas ambulantes de pomarrosa. Como una "forma-

ción" deavecillas inauditas. O de moscas rubias, sin zumbido. Ondulación -sólo ondulación- de colmena desplegada que la luz de la inocencia sonrosa . . .

EL PADRE FRANCISCO

El Padre Francisco no tiene nada por ver con la figura abacial de Jerónimo Coignard, ilustremente cinica, bigardera, cincuentona. El Padre Francisco nada quiere saber de comercios ilícitos con salamandras. Ni de filosofía espagírica. El Padre Francisco ni siquiera ha sospechado que, en siglos de ayer, las criaturas del fuego embargaban el ánimo de los sacerdotes, enfrascados en la lectura y desciframiento de bellas ediciones bipónticas. El Padre Francisco ignora -lo juraría- el sendero de las mandrágoras que trae mal de amor y sed de riquezas. No conoce -como el abate de Anatole France- los secretos de almudeles y matraces. Ni las incitaciones groseras de la carne.

Yo he visto celebrar, en la Matriz de Ambato, el Padre Francisco, en una Misa de

Casulla Solemne. Misa de Beethoven. Y el Padre Francisco -veinticinco años floridos- ha logrado la más alta aspiración de la mística integral: acercar el Arte, que es vaho de Dios, a la arcilla humana . . .

El Padre Francisco es un artista de la Celebración, del Oficio. Entre la tersura de los violines que, en el coro, desenvuelven la inadeira de "meditaciones" de Ray-Kay; entre la imbricada magma de la persona humana arrodillada; entre la compacta fórmula de la carne murmuradora, que en la oración se agobia absorta y lenta; entre esos hombres suspendidos de sí mismos por la magia del Oficiante; entre todos aquellos seres "desdoblados hacia adentro" que diría Camillo Maclair; la figura blanca, la figura alta, la figura angélica, la figura délfica del Padre Francisco, es una joya histórica en cuya luz desembocan todas las secretas bienadanzas, todos los secretos poderes, todas las secretas maravillas mágicas ("duende", "ángel", "musa", de Federico García), de que dispone la humana fantasía integral.

Yo he visto al Padre Francisco, después, en charla de gabinete. Efebo sonrosado, de espigada arquitectura, ciñendo el cordón parvo sobre un sayal ondulante, donairoso; col-

gando el borlón de la Regla en una bella voluta desgalgada desde la cintura al tobillo. Manos frías, aguzadas, que saben de la frecuencia de las abluciones santificadoras. Pies desnudos en la sandalia, con la nerviosa indecisión de las palomas que no alcanzan la mies. Ojos esquivos, descolgando la mirada hacia el suelo. Sonrisa súbita que se entreabre y se borra luego. Cejas negras, profundas, espesas, descansando en una frente que se dora de paz. Los músculos del rostro, tiemblan de castidad. La clavícula, rama acogedora para posarse las palomas del Señor. El ademán soslayado, como aplacando a los lobos del desierto. Los vuelos de la mirada alguna vez en alto, como recibiendo los mensajes del Cielo.

-Padre Francisco: usted oficia admirablemente. Usted celebra de una manera deliciosa. Lo he visto desde el Coro de la Matriz. He visto volar sus manos, como pichones de ángel, ante el ara, en la Consagración. He visto alzarse sus dedos, como espigas, en la Bendición. Sus brazos, sus manos, ondulan de una manera celestial en la liturgia. Padre Francisco: usted es un artista de la Celebración . . .

El Padre Francisco enrojece, enrojece, mientras digo mis palabras. Enrojece hasta la

apoplejía. Y es tal su enrojecer, que puebla el ambiente recatado un vaho de rosas infinitas . . .

ANSIEDAD

UNOS SEÑORES GRAVES hacen la mística montalvina en el jardín colmado de sol: cumplen la tarea de la seriedad, el mensaje de lo austero.

El trino ileso, desenvuelve una cinta amarilla y musical, que se evapora en almíbar desvanecido. Agita la brisa dedos aéreos. El geranio encaramado a la acacia enciende las rojeces de su rijo perfumado.

Saludan los hombres. La gente saluda. Saluda la mañana explosiva y primaveral, desde la gorra marinera de las lomas. Saludan los globos navegantes de la fiesta pueblerina.

Las cuatro fuentes del jardín se desnudan: enrojece, por ello, el pueblo de claveles.

Un niño robusto, rubio y mofletudo, se

acerca. Tiene los cachetes de esos "amercillos" que ostentan los cuadros de las librerías de viejo: cuadros con ninfas recostadas en una agua sobremanera azul, entre nenúfares gigantes. El niño gordo ha venido cerca de mí, y es una pequeña cosa asombrada y herida con mi presencia. Tengo la horrible inquietud de que se caerá y se partirá el cráneo. Debo cuidarle. Debo llamarle. He de tomarle en brazos. Me pondré de pie. ¿Y si al hacerlo se asusta el angelote? ¡Que se cae la criatura! ¡Que se . . .

Una voz confianzuda y timbrada me salva, insurgiendo por entre las matas de alhelios:

-TOME, M'HIJO. AQUI ESTA SU FLOLECHITA . . .

La madre, la flor y el sol.

LOS RETRATOS DE VILLACRÉS

Villacrés toma para fondo de sus retratos toda la gama florida del parque de "La Lo-

ma", donde el Mago de Oz abre la Ciudad de la Esmeralda.

En los óleos de Villacrés, asistimos al engendro y nacimiento de la luz. Esas paletadas de iris disperso no pueden ser otra cosa que el polvo estelar dejado por las yeguas que tiran del carro de la Aurora.

Tiembla, desplegada por la tela, la gama de la claridad hecha color. Los fondos escogidos por Villacrés, andan a mezclar irises. Y el color de los fondos rima con el "temperamento" y la "presencia". El personaje tratado, cobra animación, aunque no vértigo, como suele ocurrir en cierto donoso impresionismo. Villacrés tiene, con otro módulo, el sentido esotérico que supo impartir al color el estupendo Paul Gauguin. Su General Andrade tiene del patricio, del valiente, del nobilísimo: tal en vida. Y en el mito del color, Villacrés usa el azul acerado, que es color integérrimo, sin sonrisas. Juan León Mera tiene a las espaldas el color del Himno Nacional, desmenuzado en la paleta. El pincelazo evocativo, es musical: hay notas sueltas, al fondo. Cevallos: la tranquilidad. José Mejía y Lequerica: empieza a espumar el pincel. Una espuma domeñadora. Y la cabellera tiene espuma también: y un viento negro. Vargas To-

res: ese amarillo seco, es orgullo del héroe, y es desprecio de la mezquindad humana. El holocausto se presenta en la insinuación de los clavos. Cristo los tuvo en las manos. Pedro Vicente Maldonado: Ocre, espuma, azul. Azul de pensamiento. ¿Y el ciego Vela? El ciego Vela, en Villacrés, resulta la encina más convincente de la Alta Humanidad. Se desenvuelve con un desarrollo yunglar. Sin el relámpago dorado de las antiparras, sería un patriarca de esos de la Europa mediterránea que empiezan en el hombre total y acaban en el árbol total. Que al pisar en la tierra, la hienden y echan en ella raíces negras, fuliginosas. El viejo Boryna, en Polonia, tiene este ambiente de troncarrón que caerá, cierta vez, entre una dorada conspiración de espigas.

En los retratos de Villacrés, no hay paranoia, como en los de Toro Moreno, genialísimos y fantasmales. Honorato Vásquez, Bolívar, Crespo Toral, vienen de lo astral y SE PRESENTAN, de pronto. Villacrés resulta, en cambio, tangencia e irisación.

En Gauguin el color es tremendamente sustancial. Un amarillo de huevo, en el pintor de la "Orana María", trae la evocación de la tiniebla, cuando describe "El Espíritu de los Antepasados", en vigilia. En Villacrés

el color específico no tiene ese propósito; sería trasunto, mas bien, de un esquema anímico. Pero, en todo caso, Villacrés enciende su pincel en "estados de alma". Y surge el "kharma" necesariamente. Y se hace tangible, y se lo siente y se lo pregona.

A Villacrés le tiemblan los setenta años en las manos. Y esta horrible cosa trágica vale tanto como cualquiera de los peores galopes de lava que han sobrecogido los muslos de la tierra, en los orgasmos plutónicos del Tungurahua . . .

RISCO, ESCARPA, ANFRÁCTUOSIDAD

NO SE POR QUE este paisaje de Baños de Ambato -plagado, para desgracia, de judíos ricachones y parasitarios que entraron al país para hendir la tierra y se dedicaron, luego, a intermediarios y productores de embutidos-; no sé por qué, digo, tiene una evocación de "gran guignol" de la escarpada naturaleza de Sibambe y la Nariz del Diablo. De la cuenca de Huigra. Los yanquis llaman a

Baños con una denominación tibetana de aquella novela de James Hilton: SHANGRI-LA. Y es verdad que el Himalaya se ufanaría con los contornos del Tungurahua. De esa punta perfecta de lápiz que escribe en el azul celeste el nombre inmenso de Dios.

En estos paisajes de escarpa -tal el de Huigra por ejemplo- diríase que se produce el triunfo de las formas rotundas hechas palabra de la piedra y del agua. Con un aullido cristalino, se despeña el Chanchán entre mordiscos de la peña. Las locomotoras de los patios ferrocarrileros erizan la vociferación del fuego. Cae sobre el hombre, aplastándolo, la mole formidable de la montaña vecina que, apenas si, corona un lucero tembloroso. Rebélase lo infernal, la sima, lo escarpado y dantesco; y si no fuera por el milagro vegetal, por las paletadas de color que riegan, de aquí para allá, las pintadas y encendidas flores, triunfaría la insurrección demoníaca de la Criatura. Sin embargo, aplacándolo todo, se enciende una luz dichosa: la mano bendiciente de María sin Mácula vuela sobre todos los entrecejos rocallosos como una paloma sin destino. Vuela y no se detiene sino para acariciar el lomo azogado de la tierra. Y así la dulzura hecha forma femenina está rezumando una lumbre almibarada, desde la divina Persona de la Doncella Eterna.

En Baños se hace presente una idéntica gesticulación del berrueco. Este oleaje espe-luznante del granito, cobra inmensidad, monstruosidad, desproporción. Y el río, en vez de rodar, rabioso, como una bestezuela ofendida -el Chanchán- se trueca alfanje rútilo, se hace fantasma y se encueva, y no murmura: parte la tierra, la posee, la subyuga. Le hace una herida al Planeta. Es el Pastaza. Este cuchillo gigantesco del Demiurgo entra en una garganta que Ulises diría ser de los cíclopes dormidos. En Baños está la primera marea del mundo. La tempestad de las Primeras Formas. Baños es la precipitación de la magma planetaria, pero en forma explosiva, de abajo hacia arriba. Aquí está el puño en alto de Adalbaot, empapado en la leche de la Gea: el Tungurahua ofensivo. Luis A. Martínez -esa versión humana de un volcán- dice contoneándose de voluptuosidad: "Baños es la puerta de la Región Oriental: y el Tungurahua el centinela que la guarda". Yo creo que este inmenso ambateño estuvo, como Baños, cerca de la pluitonicidad integral . . .

BIOGRAFIA DEL GORRIÓN

EN LA TARDE OPALINA, mientras miro los cerros azules; mientras el aire embalsamado del jardín se incendia en la llamarada de alcohol de los jacarandás floridos, ha cantado un gorrión ambateño. Desde una teja esquinera de la "Casa de Montalvo" resbala el ovillito de cristal del canto y se quiebra la burbuja musical contra el perfil agudo de la Torre del Reloj. Torre musgosa, dedo enhiesto de la Colonia, mostrando en sus sillares desollados aquella "confianza en sí misma" que descubre en las casas de la cantábrica Santillana Don Benito Pérez Galdós.

¿Por qué no decir algo sobre este menudo duendecillo tungurahuense que se paró a una esquina del tejado moreno y empezó a silabear su canto? ¿Por qué no recoger esas dos corcheas y esa semibreve con ligadura, esa tónica de ocho ondulaciones en trémolo concéntrico? Canta el gorrión ambateño: y se inundan de canto las verduras de Ficoa. Las umbrías cuasi amazónicas que inventara Juan León Mera -lianas, castaños, trepadoras, inmensidad nemorosa- para el refugio inenarrable de Atocha. Con el gorrión, cantan los álamos de La Liria; los gomeros azules de

Palama; las enredaderas escarlatas de Miraflores; el cipresal que deja pentagramas verdes en esa "Ciudad de la Esmeralda" del Parque de "La Loma", donde arrastraron los faunos frenéticos, por sobre los follajes, el recién pintado arco-iris del Primer Día de la Creación. Canta el gorrión ambateño: y se puebla de campanitas la ciudad. Se doblegan de ternura los dedos aguzados de las palmeras y se asoman a las veredas de arcilla roja de los jardines los rostros congestionados de las amapolas. Canta el gorrión ambateño: y este pardo puñadito de música con alas es el amo de la minuciosa ciudad.

¿Qué hizo todo el día este barruntador de coplas trémulas, este alado portero de los parques, este gritonzuelo de las vidrieras, este habitante de la Aurora donde se tornasola Dios? Saltarín de las tejas prietas, con sus patas menudas rasguea la guitarrita de su corazón de garbanzo. Bañista de las piscinas de Pulgarcito, anda chapuzando al mediodía en los baches que traen las canales, donde la lluvia rezagada dejó pocitos que se llenan de sol. Periodista de la plazuela, la ceniza se le cuajó en pluma: y las alboradas sorprendentemente editando comentarios sobre la torcida conducta del arroyuelo, las veleidades de la brisa, el vaivén del humo, la nostalgia pere-

zosa de las hojas secas, la demencia de la cigarra, los regüeldos inurbanos del sapo, el desparpajo amoroso de las libélulas, la vejez rentada de los gomeros añosos, la insolencia del viento cachazudo, o la escaséz lamentable de lombrices.

El gorrión es una burbuja de ceniza hinchada en la garganta del viento. Se apelotona en el buche de la alzada bestexuela musical toda la maravilla de la onda sonora que es, a las veces, aro de plata bruñida. Y al sol le han de nacer verrugas frente a la tersura de este cantar. Y han de avellanarse los limpidos espejos del estanque junto a la superficie de esta lámina musical. Y las cintas del crepúsculo no se habrán teñido en bastantes frascos de colores que rivalicen con los matices de esta vibración. Trigueña pelotita de música, el gorrión esconde un ángel que fracasó en el huevo. Por eso sus alas no se abren, majestuosas, en la altura, sino treman humilde y pesadamente, como que sienten la arcilla primigenia, al escalar los árboles en hombros de los vientos. Es un oscuro serafín, demasiado pequeño, o una abeja morena, demasiado grande. Y como no alcanza a desembuchar toda la polifonía del paraíso o todo el zumbido del panal, su canto es voz limitada y cascabelera; es una pequeña campanita de

trineo, poca para la "Sonata al Claro de Luna" de Beethoven, bastante para despertar a las doradas hormigas de Anacreonte.

PERDIGONES DE LUZ o luceros alados, los trinos de este flautín abandonado de una sinfónica inaparente ruedan como monedas por el aire perfumado de los jardines y caen al corazón en aljófara rubio para entraña de claveles. La poesía japonesa, con envidia de esoterismo peculiar menciona ese secreto poder demoníaco que desmedra a las más bellas criaturas:

"Espantosa
la voz del faisán
cuando se sabe que come serpientes!"

Si nos pusiésemos a pensar en las cosas que recoge el copetudo pajarillo de mi cuento, no tendríamos para él una idea mejor de la que sobre el almuerzo del faisán se formaran los poetas del Yamato. Mas ¿A qué averiguar los accidentes del canto cuando se cuenta con la esencia del canto? ¿Qué importan, a nuestra noticia, la leche de cabra

de Omar Khayám, los albérchigos de Montalvo, los cuartos de ternera de Ignacio de Veintimilla, el arroz con chanco que mató a Sackia-Muni Buda? ¿Qué atingencia tiene, para la emoción quintaesenciada, la refección de ofidios del faisán o el churrasco de lombrices del gorrión, si el canto es palingenesia total?

Si nos pusiésemos a meditar en las cosas o accidentes que rodean a las criaturas délficas que tienen el mensaje de lo Divino y que lo anuncian, quedaríamos arraigados a la arcilla que sobrecoge, quebranta y pone cemento allí donde, justamente, encañonan las alas de la fuga; allí donde el alma se levanta de la materia vergonzosa y muda. El canto es canto, aunque el faisán coma serpientes con escándalo para los poetas de la flor del ceceo, aunque las desviaciones del genio asombren los ojos de la biotipología enjundiosa, de castrada facundia, de los días contemporáneos.

¡Ah, y cuán curiosos los ojos de los lucubreadores espagíricos de la alquimia moderna! ¡Cómo las lentes de los microscopios y de los macroscopios de la Edad Experimental devoran el perfil, la curva, la ondulación, la tersura! Si, en efecto, nos figurásemos al gorrión de los tejados familiares aumentado

varias veces en su propia estatura, tendríamos repugnancia de él: su frac de ceniza, su pardo levitón de plumaje gris, resultaría pobre museta de músico fracasado; su colita breve y aguzada, trocárase "jacquet" de escribano; y toda su figura, horra de elegancia, zozobraría enfrente a la casaca de iris del gallo guerrero, heroico y corajudo. Y el gorrión, aunque sabe batirse también a la crilla de las canales y caer a los jardines chirriando los goznes de la ira, sería apenas un desmedrado cabo de infantería, a quien salpicaron todos los barros y desgarraron todas las alambradas. Mientras el gallo tocárase como un "gonfaloniero" pre-renacentista que, en la deslumbradora Florencia de los Médicis y los Niccoli pondría -como en el idilio de Ippolito y Dinora- escala de seda al PALAZZO DE MADONNA, aunque al día siguiente fuese conducido al patíbulo . . . o a las manos del cocinero.

Gorrión matinal, eres la réplica corta y calentita a los largos discursos de los grillos nocherniegos. Eres el balonzuelo con que juega ese muchachote gordo del viento cachetudo. Eres la menuda persona -un poco empretecida- de la pedrezuela de río que cobra alas. Eres el tubérculo opaco y tembloroso desde donde arranca el tallo del día para reventar

las begonias sonrosadas de las horas de enseñanza. Te pareces, en la ternura melancólica y triste, a los puños amoratados, sucios, reventones de frío, de los niños suburbanos que juegan con muñecos de trapo entre la tierra y se arropan con su desnudez. Con tu overol de grisuras, trepas escaleras de la brisa y pintas en lo alto la manzana almibarada de los crepúsculos desatados, descuartizados de color. Y para vengarte de Miguel de Unamuno que garabateaba tu persona en pejarotas de papel, presagias, a tu vez, sobre el pico, el remedo gris de la boina vasca. No has dado en canillita ni vendedor de loterías, porque te gusta el vagabundeo que te hace poeta remendón. Pero -y en esto te gana, secretamente, el divino Walt Whitman- oyes crecer las raicillas de las hierbas menudas . . . ¡Y sueltas a los vientos la pajueta dorada de tu cantol Escolar con malas notas, monaguillo despedido, la sobrepelliz escarlata de las altas ceremonias se la vendiste al chirote, y el mirlo anda a desafiarte, "a brazo hincado", con sus zancas amarillas, grandullón y penden-ciero.

Gorrión menudo: no sirves para nada, excepto para el trino. Por eso andas descalzo, recogiendo las migajas que te arroja el viento. No alcanzaste la gloria rubendariana del

ruiseñor ni la europea inmortalidad de la londra en primavera. Pero ellos envidiarían tu democrática libertad mestiza y tu desparpajada voz de pregonero. Te falta, gorrioncillo, el plumaje iridiscente: pero te sobra el canto. ¡Y el canto basta!

DEL CANTAR ECUATORIANO

"QUE VIENE UNA FRAGANCIA de sangre sobre el viento . . ." Alicia Paredes Borja me regaló este verso querido de poeta cierto, alguna tarde ambateña y frutal.

¿De donde arranca la ráfaga? ¿De la Europa mortecina y palingenética de hoy?

Es el dolor nacional, que canta. La mutilación, hecha alegoría. La pragmática de la Historia vuelta vagido en la dulzaina, en el rondador, en la garganta de seda. La copla ecuatoriana llora, cantando. La india del velorio que hace gorgoritos de una agua musical hecha lágrima salobre, es metáfora nacional.

Esta noche he abierto a mi atención la radio del Hotel. No tendré paseo. Estaré cerca de las emisoras. Dejaré el jardín, la dorada luna de Ambato, la brisa tibia y perfumada con "jazmines de persia", y me pondré a escuchar, en este rincón recoleto del bar, alguna emisora nacional.

Sobre las eminencias de la altiplanicie, cruza, errátil y vibradora, el ave del cantar ecuatoriano. Con ella navega el alma de la Patria. Presta altura al corazón la forma, el contenido, el contorno de la copla, tocada de fervor cancionero. La copla ecuatoriana lleva dentro, como las pompas de jabón la imagen planetaria, la versión y morfología de la Historia. Dentro de su universo luminoso y frágil, vive el "quantum" humano. Por eso en cada melodía burbujeante está -como en las MONODIAS griegas- la cantera inagotable de los coros. Yo escucho en las quenas un coro gigantesco de bisabuelos inkas. Como si los ARAVICUS patriarcas dejasen caer, desde las neveras, el Cristal de las Canciones Mayores, arañando el lomo de las cimas y los pajonales, hurtándose hacia los vergeles, soslayando el chaquiñán. Como si una inmensa cadena de ÑUSTAS de muslo terso y corazón de tórtola despeñase una cascada de modulaciones nupciales. Aquí está la rugidora melodía del

"Inti-Raimi" celebrado entre los alisares del Tumipampa. Pero también la voz, el aullido de los esclavos azotados por el flagelo conquistador. Música que trae mística y ritual, pero que se descompone en gemido y en protesta. Estaría en ella Huaynakapak, en su Korikancha, presidiendo el rito del Sol. Pero no dejaría de estar, tampoco, Lorenza Huamanay, la india frenética, tirando a la cara del Alguacil, que comanda su fusilamiento, los ojos que sacara a su amante español. No dejaría de estar, asimismo, Yahuarmaki, el formidable personaje de Juan León Mera, de pie desde su canoa guerrera, en las verdes aguas de la selva que se besa en ellas. El cantar ecuatoriano se acendrará así: entre la mística del sol, la queja de la esclavitud y el clarín de la rebelión. Serían las formas melódicas -pentafónicas- de los yaravies, coreados por las ÑUSTAS y los ARAVECS, haciendo simbiosis con la crepitación de los incendios revolucionarios. O mas bien de los incendios de las chozas de indios, ejecutados por los amos bestiales. Porque el incendio de Tubón, prendido por el mitayaje de Guamote y de Columbe -páginas de Cumandá- apenas si tuvo repercusión real en las "huelgas" del indiero azuayo de Quinjeo, Tablón, Sidcay, breves años pasados . . .

Copla nacional. Emoción de la Patria desnuda. Se alza la voluta del canto hacia el dombo celeste, en alas de lo demoníaco. Vibra el éter: y hace industria de embrujo. La radio encierra salamandras y elfos que matarían de susto a Leonardo Ménetrier . . . Se alza la voluta del canto hacia la copa azul del cielo serrano que presiden el Tungurahua, el Chimborazo, el Carihuairazo, bajo el hechizo lunar. Sobre esas cimas rodará mañana la naranja de oro del gran sol andino; y en la pechera del día quedará prendiendo su alfiler de plata la copla nacional.

Los copleros nacionales ayudan a salvar la Patria: porque dan contorno a su personalidad, porque la ennoblecen con la garganta. La copla nacional es el "coeficiente" ecuatoriano. Los copleros nacionales traen encendidos los ojos en la visión embelesadora de la Patria verdadera, de la Patria que no es señorona política ni mucama desordenada. Porque la verdad nacional está en la emoción nacional. Y la emoción nacional reside en el tremar, en el vibrar, en el compartir la vibración, punta a punta del alma, con esa sonrisa de éxtasis, y esos "párpados que se cierran mientras que un fluido escalofriante corre por la espalda", como apunta Camilo Mauclair.

Los trovadores nacionales van bordando de resonancia, con la aguja de su voz, la superficie de la Patria, donde se alzan las montañas queridas, donde se tienden los jardines poblados de olor, los pueblecitos de cal y verdura, las ciudades de arraigado bautismo español, los bohíos cerreros grises de pesadumbre que tiritita, los nevados orgullosos y los ríos elásticos. Los trovadores nacionales logran contorsionar el yaraví punzante en la secreta tiniebla de la sangre ecuatoriana. Los copleros nacionales desenvuelven la cinta paralela de sus voces y siguen una ruta de "encantamiento" que tiene por meta, casi siempre, la lágrima que se desliza en amargo cristal. Esos hombres cargados de milagro traen su verdad melodiosa hecha hebra de miel en la garganta. Y agitan en el canto el estandarte de oro, azur y gules que se refleja en la marea de la polifonía, y llega hasta los bancos de coral de los corazones henchidos.

"Que viene una fragancia de sangre sobre el viento . . ."

La radio del hotel se calla, cautelosa; porque la Ciudad-Embeleso empieza el desdoblamiento. Se concentra hacia adentro. Se adormece, musitando oraciones coloniales. Ambato se duerme como un ave. Solo la luna

pintora queda echando puñados de cal por las vidrieras, a la hora inmensa de los campanarios desolados . . .

Yo apago también mi farolito emocional. Como una VESPERTINA de los prados, tan solo queda, abierto y pálido el corazón, en tanto que la luna sacude su maraca azul sobre el anca de las guitarras de ronda, de las guitarras troveras . . .

RAFAGA DEL BETUNERO

NO TIENE NOMBRE. Es un pájaro repentino. Por las calles de Ambato -rectilíneas y cuidadas como la costura de las medias de la mujer- va dando saltos desvalidos. Así como el Ciego Vela sería el Abul Ula Almaharri, de Maharrat Annamán, repitiendo: "Agradezco a Dios por mi ceguera . . .", de igual modo este retazo de hombre encarnaría, bajo su overolillo de "sempiterno", peleándole a la multitud enzapatada, el personaje esquimal de Kagsagsuk; menudito y maltratado. Y como Kagsagsuk, recibiría las lecciones de un

"amarok" vigoroso que, enseñándole a vencer a los peñascos y a los osos, le diría cierta vez: "Basta; los hombres no podrán ya contigo". Y como Kagsagsuk saliendo a ver los osos, él saldría a la búsqueda de clientes. Y como Kagsagsuk correría tan de prisa que los talones tocaríanle a la espalda. Al igual, por fin, que Kagsagsuk venciendo a los plantígrados, a las focas y los hombres, vencería este menudo ratoncillo urbano con su caja de betún, la voluntad del monstruo colectivo, y lo quebrantaría y lo abatiría. Porque el público es, para el betunero, como el Dodo del cuento que relata Ortega y Gasset. Para domarle, hay que echarle piedras enrojecidas en las fauces y quemarle las mandíbulas: o darle de betún . . .

Es ambulante y nervioso. Diríase un gorrion liberado. Y tiene gorra puntiaguda, como el gorrionzuelo macho. Una gorra que le cae al sesgo sobre la picardía. Bribonzuelo de los portales, de los atrios, de los parques, encubre bajo el trapillo un abejorro tostado por el sol serraniego; un abejorro zumbón, en busca de recortes de hoja recién nacida para el panal moreno. Se va por los jardines y las peluquerías. Está próximo a los cines, se detiene en los hoteles. Una concepción animista del betunero afirmaría que

es una corchea sin pleca, caída en el viento de la ciudad.

Pero el lustrabotas ambateño es algo diferente de los demás. Siente también que es, como los otros niños, esa "madeja de alegría" que menciona la literatura egipcia: pero lleva la convicción austera de su oficio; y de su ambateñidad. El betunero ambateño no riega la tinta, no salpica horrendamente, no dice palabrotas, no hace chistes. Al menos, no lo he oído en boca de mi betunero del hotel; ni en la de sus compañeritos. En cambio, he visto ejecutar a este "especimen" de pájaro-mosca de los edenes tungurahuales una acción digna de un Presidente de República platoniana: volando cierta vez un papel de envoltijo en el viento de la calle, el betunero lo ha tomado con sus manos y lo ha llevado al depósito común, cubillo en balancín que asoma, en Ambato, en las medias manzanas de cada calle. Este niño y esta acción son, para mí, la medida del "kharma" ambateño convertido en persona y en ademán. Este acto debiera ser consagrado como simbólico de la ambateñidad responsable y señera. Este acto del betunerillo rima tan solo con la pechera de Juan Montalvo. Valen lo mismo, y solo pueden haberse originado en Ambato.

El betunero, antes que pertenencia de sí mismo, es pertenencia de su ciudad. Cumple una misión colectiva de defensa y aseo. Es parte integrante del urbanismo ambateño. Es una piedrecilla morena caída en la cesta de flores que es la vega ambateña, donde andan esparcidas como terrones de azúcar las casitas de cal. Tiene la función primordial de lo correcto, que es la función primaria del ambateño de buena ley. El cumple su misión de abrillantar calzado, del mismo modo que el Profesor enseña ambateñidad ecuatoriana elemental. Y su función de ayuda urbanista, rima con esos avisos de las calles ambateñas donde dice la palabra urbana: "Fijese en la señal del policía", "Cruce la calle con cuidado", "Despacio, la policía le vigila", "Niño no salga corriendo", o esos carteles que portan algunos Sanitarios y que indican "Solicite trampas".

Y así como Alvarez Henao, al modelar su "Abeja", dice en el soneto:

"Miniatura del bosque soberano,
Y consentida del vergel florido",

este consentido insecto humano que labra un panal de betún, resulta el alma en miniatura de la pulquérrima ciudad.

LUIS A. MARTINEZ, EL SOLITARIO DE ATOCHA, O LA "VOLUNTAD DE HACER"

ENTRE LA CUIDADA FLORA de la Quinta Normal, hacia un lado de las araucarias exóticas, junto a ejemplares de árboles que él hubiera amado, demora el Monumento que la gratitud de su Pueblo erigiera a Luis A. Martínez, el "Solitario de Atocha" como le llamara el Tuerto Calle que, a la muerte de aquel, escribiera ocho artículos recordatorios en un solo día encomiando a Martínez, para ocho periódicos diversos de la República. Tanta era su facundia y tanta la admiración para el "Solitario", su confidente querido.

La ubicación geográfico-humana del Monumento a Martínez -obra del inspirado Mideros- no puede ser mejor: los ojos del varón tungsahuense miran hacia las cumbres, sus cumbres, que él poseyó, que él amó, que él escarpó, que bajo él se sacudieron con estremecimientos tectónicos. En el pedestal y por la espalda de la materia, desde lo hondo, desde la urna genética de su huerta ambateña, desde la

tibiez uterina de su tierra querida y maternal, trepan como salamandras petrificadas las deidades del humus, los duendecillos del barro, las espectrales formas de la magma, los brazos prietos de las raíces, los muslos de la savia, las caederillas apenas insinuadas de la clorofila. En hombros de todo este concurso de criaturas elementales crece, cobra altura, se dilata y, por fin, explota en rotunda flor de bronce, -convinciente cual sus montañas de cristal y de azul- la figura de Martínez. Insurge así el Mago, ascendiendo escaleras telúricas, atravesando galerías plutónicas, por mor de su habitual afán de hender el planeta.

Quien mira a la frente de Martínez encuentra, como en el Tungurahua, un risco nevado en constante ascensión. Un risco donde ondula la nieve dorada: porque hay oro en esas tardes andinas -Chimborazo, Carihuaizoxo- que se miran, en cielo despejado, desde los muelles guayaquileños, con el ojo hacia Durán. Risco nevado la frente, deteniéndose de pronto bajo un asalto de betún: el cabello borbotante, el cabello en olas. Rima, ondulando sonoramente, el cabello -casi se lo escucha en el aire- con el cejerío espeso y selvático, con el bigote de ancho caudal, con la perilla garbosa. Y el acento circunflejo de las cejas boscosas, cae sobre la mirada que es centella y que es láti-

go de doma. Y ese acento de las cejas que le dan expresión de águila o azor, marca la verdad tipológica de Martínez, en la alternativa de los hombres-llamarada a quienes toca ponerse a la pantalla de los freudianismos en boga: es él, Martínez, su propio "complejo".

En el tránsito vital y en la Inmortalidad, el "Solitario" contó con el gesto. Su gesto es la dinámica de sí mismo. Su estilo peculiar parece haber cuajado en el ademán de andar. De moverse. Deja observar un "empujarse hacia adelante": y todo él se asoma HACIA MAS A-LLA. Se empuja con la mirada, con el esguince del labio inferior que explora el aire, con el soslayo clavicular, con los hombros atléticos. Personificado paradigma del Caminante. Del que asciende y logra. Ashaverus: pero llegando ya. Martínez cuenta con el gesto. Está, como el Faraón al Nilo, mandando a crecer las hierbas, a cuajar los frutos, a reventar las espigas, a perfumar las flores, a multiplicarse las bestezuelas, a amar las criaturas.

La justicia histórica sitúa a Martínez, en ciertos planos, superando a Montalvo. Superando a otros excelentes ecuatorianos. Martínez -dicese- hizo mayor obra tangible, humana, aprovechable. Martínez hizo menos, pero mucho menos retórica, mucho menos alegoría que

lo hiciera el Cosmopolita. Y, en vez de ornamento, manejó levadura. Se arraigó al territorio, a la tierra pródiga y fecunda, y sacó de ella el libro, el fruto, el hijo. Labrador, escritor, trepador, político puro, pionero, orógrafo, geógrafo, agrónomo, pintor. El Monumento a Martínez quiere significar no la consagración de un valor pero la de muchos valores juntos, todos ellos omnipresentes en un solo hombre. He ahí la razón de ser de ese Monumento que hoy abre un libro de piedra y bronce en la Quinta Normal. Es un simbólico homenaje al tipo-voluntad. Al fenómeno-acción. Y plastifica un reconocimiento de excelencias a todos sus antecesores, a todos sus familiares. Decir Martínez en Ambato es mencionar poder humano y dotes para quebrantar obstáculos. Todos ellos, los Martínez, trataron de arrancarle su secreto a la tierra, al agua, a los volcanes, a las selvas. Gente con faena. Gente atareada en el desuello de las formas protéicas de la vida. Gente que exploró los Reinos de la Naturaleza, caminando por sus más finas retículas, descubriéndole sus secretos poderes, armándole y buscándole camorra al Misterio, huroneándole el fenómeno vital a la vida misma. Decir Martínez, es decir chispa de ingenio en el Ambato de ayer y de hoy. Sin estar tocados de excesivo don fantaseoso, el Arte y la Ciencia les han sido

serviciales, frecuentes compañeros de vicisitud. Por este modo, Don Luis lo mismo escribió un "Catecismo de Agricultura" que pintó sus cuadros o sentó los fundamentos de la novela ecuatoriana con su relato costumbrista y ambiental, casi apasionante, intitulado: "A la Costa". Los cuadros de Don Luis, sin escuela alguna, tienen de poema y de axioma. Están lejos de la fábula y el mito de las escuelas. Don Luis habría fruncido sus cejas montañosas e inmensas si viese, por modo cualquiera, cuadros de Picasso, de Rivera, de Orozco, de Guayazamín, este ya célebre Guayazamín de quien Juan Ramón Jiménez dijera que era "el único indio que pintaba indios". De otro lado, la novela ecuatoriana, tan discutida y tan de primer plano continental, reconoce aquí su manantial ortogénico. Nace aquí, aquí mismo, bajo esa frente ríscosa y severa, cruzada por un látigo de fulgor espiritual. La primera novela ecuatoriana -no el poema novelado-; la primera estructura relativística con forma, volumen, masa y peso propios; la primera concreción del hecho humano-social del Ecuador, sin truculencias cinematográficas tan frecuentes ni abuso de "la denuncia"; la primera criatura escrituraria que abandona la alegoría -Cumandá- y se alza sobre los pies firmes de la biología, la geografía y la sociología ecuatorianos; la primera forma del rela-

to con intención y levadura bastantes, -sin atuendo, sin "tongos" editoriales, sin paranoia ingenua, sin literatura horrenda, sin blasfemia, sin arrebatos falso, sin reclutamiento engorroso de personajes, masas y ambiente atiborrados-; la primera novela, en suma, escrita por Luis Martínez, tiene ya un monumento a la verdad terrígena del Ecuador, al valor humano del Ecuador, al dolor histórico-geográfico del Ecuador, en éste de la Quinta Normal. La primera novela ecuatoriana, en lenguaje obvio, con inspiración saporosa, aunque sin técnicas propositadas, tiene su vertiente en el Ambato de Martínez: y su delta único en Guayaquil. Porque Jorge Icaza es isla. "Huasipungo" es caso de teratología fenomenal en la relativística del Continente. "Huasipungo" es, simplemente, caso universal. Su autor no es un escritor del país: es el pueblo del Ecuador y, también, el pueblo de América. Por donde se concluye que la novela ecuatoriana ha torcido esquinas hacia el "delta de Guayaquil": Enrique Gil Gilbert, Joaquín Gallegos Lara, Alfredo Pareja, Aguilera Malta. No ha de mencionarse a José de la Cuadra: su obra está más alta que la novela: es el MECENISMO de que estuvo tocado y que cuajó en la escuela que, de paso lo diremos, reconoce en él su ilustre progenitor. El hontanar del relato ecuatoriano

queda, pues, en el risco, en el hortal de los paraísos ambateños. Se abre exactamente a los pies de Martínez. Salta y culebrea cabe los sillares de su Monumento.

Pero en el Solitario de Atocha esté consagrada también la integridad humana esencial, allende las serenidades laberínticas de la ética. Se inmortaliza en él al varón respetuoso de las dignidades públicas. Se ha hecho en él homenaje al político que -RARA AVIS IN TERRA- no embadurnó sus manos. Colaborador de gobiernos que no las tuvieron muy limpias, ennoblecó el bufete, dignificó la función. Así alcanzó desde Teniente Político hasta Ministro de Educación, por industria de honor. Paseó, entonces, su mirada, sobre el territorio nacional y abarcó todos los horizontes donde podía nacer una promesa de acción. Su espíritu y su patriótica emotividad cruzaron punta a punta del mapa nacional, arrancando desde el callejón andino y desbarrancándose hacia las vertientes orientales de la Selva. Concibió la idea de ir en coche de ferrocarril hasta el Amazonas. Y, así, emprendiera los trabajos: el ferrocarril al Curaray.

La psicopatía del Anheló encuentra en Martínez su verdadero paciente, su "caso", su derivación angustiosa. Como el ciego Vela, pero bajo diverso módulo, Martínez es el auriga de la propia angustia. El ciego, desde las reconditeces de su tiniebla, desde los pliegues de la oscuridad hecha persona, vigila por la cuestión pública. Mejor que el árabe Abul Ula, -lo dijimos ya- quiere "no ver". Pero tras la flor tenebrosa de los párpados, se alza un centinela inexorable. Cuando Vela sorprende al vicio, lo descalabra, aunque para ello tenga que dar espectáculo nacional. Los congresos fueron su escabel. Su angustia -la de Vela- andaba, así, atolondrada, por el tremedal político: inextricable lupanar de aproximadamente un siglo de existencia.

En Martínez, la angustia humana se traduce en cosa bravia que después se doblega como el cuello de una paloma viuda. No sin antes haber hollado el volcán, atravesado el océano, hendido el vientre plutónico de la Naturaleza. Para esto último, le asiste su gesto. Un gesto de embestida, de acometividad. Contemplando la obra de Mideros, se alcanza

a comprender que Don Luis es, nada más, un gesto: como lo sería, en versión contraria, el perverso Dorian Gray. Y es una mirada. Una mirada corredora, veloz: mirada que se desata como la potrada moza que rompe el corral y sale a retozar por las montañas. Mirada que vive bajo una frente de amplitud planetaria, réplica señorial a la hirsutez del bigote puntiagudo, audaz, pendenciero: el labio se arrebuja a socaire de él, como un pájaro en un matorral. En este gesto de Martínez se plasma la "voluntad de hacer" que es achaque y facundia de ambateños. En el gesto de Martínez -empujarse a sí mismo hacia adelante- está toda la energética de la minuciosa ciudad. De esta ciudad ambateña, cuya voz zumba en las fábricas y en las campanas. En la Matriz y en las sirenas industriales.

Luis A. Martínez es, pues, el ademán de su pueblo. En el gesto suyo -empellón al Destino: como en el Tercer Movimiento de la "Sonata quasi una fantasía" de Beethoven- está la acción, aunque no esté la protesta. Está la sinergia de su pueblo. En ese gesto está la tarea del labrador, la obra del intelectual, el aglutinamiento de sus trabajadores. En el gesto de Martínez renace cada día la Conducta. Porque es lección y es norte y es riel y es cartabón. El gesto de Martínez es el de quien

emprende. De quien intenta. De quien comienza. De quien da un primer paso. De quien marcha: pero marcha firme, decidida, tesonera, inexorablemente

El Caminante, sin embargo, cierta vez se detendrá. Cierta vez lo encontraremos a él -volcán, agua, selva- vencido, definitivamente vencido. Es cuando empieza a hacersele virulenta la psicopatía de su anhelo; es cuando su angustia, que era torrenciosa y rompiente, se vuelve remanso espejeador que refleja cuellos de paloma. Sin embargo, la crisis final no logrará arrancarle su pincel. Por eso crea. Traza. Objetiva. Pinta motivos terrígenos. Tose y pinta. Diríase que lucha aún con la luz de los paisajes, con el color de las lejanías verdequeantes, con el claroscuro de las arboledas, con el iris de los jardines ambateños. Diríase que lucha: pero, a la verdad, se dobla. Es, ya, solo un enfermo que revuelca sobre su ansiedad. Su anhelo, que ayer fuera el motor de sus acciones esenciales; su anhelo, que ayer se tradujera en galope de sangre; el binomio de su conducta: juventud aventurera, hombridad responsable; su anhelo

que le hizo administrar haciendas, escribir una novela, crear una agricultura, trepar volcanes, dar una zancada al mar, pintar unos cuadros, manejar un Ministerio, resbalar al Oriente amazónico; su anhelo, que ayer encendió en él aquella "voluntad de hacer" animadora de las más grandes aventuras de la historia: Magallanes, Marco Polo, Cristóforo Colombo; su anhelo era hoy una sola versión emocional, una suerte de sumidero de sensaciones y concepciones: la pintura. Como Paul Gauguin, querría morir pintando. Solo que Gauguin se alejaría de la Patria e iría a hundir su angustia entre los taros y palmares de unas islas edénicas, más allá de la Malaca, más allá de todos los Mares del Sur: el Archipiélago de la Sociedad. Entanto que Martínez bebe la última luz de su último paisaje, mientras le languidecen los pinceles en las manos exangües, bajo el aire tibio de la granja familiar. Auriga de su angustia conducida en la "voluntad de hacer": eso era Martínez. Pero le pifaría el potro a un temprano recodo de la vida. Y daría así el revolcón final, dejando hendida con su cuerpo la costra de su tierra ambateña. Y no se alzaría de ella sino en su actual versión: bronce y granito.

Manuel J. Calle, amigo y confidente de Martínez, decía de él en 1914: "Sus paisanos tratan de erigirle una estatua". Y seguidamente, con una alzada de hombros peculiar del gran Tuerto, destilando amargo desdén por la humana gratitud tardía, comentaba: "¿Ya para qué?" La presencia de Martínez en el bronce y la piedra, frente a los vientos del Tungurahua como enseñanza amable y severa antes que como solemnidad cívica, está dándonos la réplica más bien ajustada a ese "Para qué?" de Calle. En Martínez se alzó un Monumento para consagrar a un pueblo. Está inmortalizada una tarea casi colectiva. Vive hoy, en el bronce y la piedra, un himno a una virtud polimorfa: la de la "voluntad de hacer" que tipificó a Martínez y que caracteriza al pueblo de Ambato. Hombre polifacetado, de él dijo el propio Calle: "Artista, propendió al decoro del arte; hombre de bien, tendió a la dignificación nacional . . . Fomentador y viejo labrador de la tierra, hizo venir semillas de fuera para mejorar poco a poco la producción agrícola; propagandista, publicó libros propios y ajenos para enseñanza de las aulas; y, sereno en to-

do, en todo ecuaníme, quiso fundar la posible reforma en materia de enseñanza en la cálmosa observación experimentada . . . Prácticamente, la verdadera enseñanza laica comenzó en el Ecuador con Martínez: nadie lo recuerda y lo agradece, porque la ingratitud es regla de vida en la política: lo agradezco y lo recuerdo yo, aunque por una triste y cobarde regresión, todavía esté el rabo por desollar . . . "

Conque ¿Cuál es el terreno en que se asientan los sillares de este Monumento?

La "voluntad de hacer" tiene un ara en la Quinta Normal. Allí oficiaron su ceremonia eterna los genios telúricos que iluminaron la senda del "Solitario de Atocha". Allí germina, junto a quien supo "empujarse a sí mismo", como los cotiledones bajo el surco, la semilla de lo arquetípico. Está allí el "pandemonium" vegetal, eufemista si se quiere en su ordenación selectiva: pero esté, principalmente, el germen humano de la acción hecho mueca en el bronce, hecho ondulación en la piedra, hecho sinergia en la línea.

Auriga de la propia angustia, Martínez contó y cuenta con el gesto: y es éste, el de la "voluntad de hacer", el ademán in-

olvidable de su inolvidable y preclara ciudad.

ALMUERZO EN EL "VILLA HILDA"

ESTE HOTELITO de la así llamada "Villa Hilda", deja pensar en esas esquinas de lienzo de los cuadros de Antoine Watteau, con "amorcillos" revolando junto a las parejas que hacen la Gallina Giega. Rinconzuelo recoleto este de Miraflores: aquí están las "Fiestas Galantes" de la Corte de Francia del Siglo XVIII, con sus frágiles damas de corset y crinolina, asidas a sus grandes bastones como tirsos: pastoras de corazones, junto a los barbudos Términos de piedra, donde llueven las rosas encendidas y las guirnalda purpúreas. Las escenas de esas dulces concupiscencias parece que estuvieran al desarrollarse en estas vegas tibias donde se alzan, de aquí para allá, gran copia de casitas que estilizan diversos climas, diversas geografías, diversos módulos de la Morada Humana.

En el comedor del "Villa Hilda", alegre

y gracioso, ocupamos una mesa Lilo Linke, una inglesa que sirve a los intereses de la Democracia y de la Cultura en el País, y dos amigos más: Gonzalo Vela, Gobernador, y Neptali Sancho, Vicepresidente Municipal. Afuera el aire azul es de tan espesa miel bajo el sol estupendo, que hasta las mariposas, esos "párpados del viento" que dijera el otro, no mueven sus alas: planean sobre las pomas olorosas, mayestáticamente, como los alados géneros mayores.

Lilo Linke usa una melena arrebatada que se le descuelga sobre los hombros y se le a-susta de vez en cuando. La melena de Lilo se esponja como el buche de un pájaro salvaje al hablar de cuestiones en que va envuelto algún dogma suyo. Porque Lilo es dogmática. Su figura misma lo es: alta, esbelta, como un glaciar ártico, su actitud es la de quien conoce dónde afirma los pies. Trata de ser convincente, aunque sin lograrlo algunas veces. Ha cruzado con su dogma todo el mapa ecuatoriano, bordándolo de conferencias, cinematografías, exposiciones, charlas de salud, novedades de puericia y puericultura. Lilo es una inglesa a servicio de América del Norte. Y entre sus agradables paradojas, como entre esas figuras de fetiches que usan las mujeres, ostenta una facetación de su personalidad:

Lilo es una inglesa que busca la alfabetización castellana para los indoespañoles. Y aunque no posee del todo bien el idioma cervantino, discute fuertemente -dogmáticamente- sobre Literatura Hispana e Hispanoamericana. Perifrasea sobre pintura y escultura, además. Lilo se ha permitido, en nuestra conversación de sobremesa, impugnar a Montalvo en el Idioma y en el Pensamiento. Lo ha llamado rebuscado; y no encuentra en él al Pensador. Encarece, en cambio, las excelencias de la moderna Literatura Ecuatoriana, donde hacen figura de primer orden Carrera Andrade, Alejandro Carrión, en la Poesía; Gil Gilbert, Icaza, Aguilera Malta en la Novela.

La franqueza, el desembozo de Lilo Linke son graciosas y sugerentes: revelan la herencia, la civilización. El cosmopolitismo, enfrentando a la América nuestra, América totemica. Lilo habla: pero esta vez habla en ella la Civilización de Gran Ciudad que vive, en la hora de ahora, el Planeta. "En Montalvo no está el gran Pensador -dice-; a este hay que buscarlo, mas bien, en otros países y en otras edades; por ejemplo, en la Literatura Inglesa". De mi cuenta, digo que el pensamiento universal está comandado en el timón, desde los primeros tiempos hasta esta

última Gran Guerra, por los filósofos griegos. Lilo Linke mienta la cultura inglesa: Ciencia, Arte, Política. Yo me arrebujo, propositadamente, en la India dominada, para celebrar la maravilla esotérica del pensamiento esencial: el nombre de Tagore, como una burbuja saliendo a flote en el dorado estanque de los Vedas, empieza a subir a mis labios, hilando en ellos su rubia miel. Un alfanje de oro sobre la melena encabritada de Lilo, cabrilleando como para herir en mi pecho, me manda a callar. Incluso me manda, secretamente, a cambiar de tema. Suelo detestar las discusiones con mujeres. Creo que tan solo se las debe amar. Callo, pues, y discurro que -para los de acá y los de allá- Montalvo, defendido o atacado, no es ni más ni menos que Montalvo. A pesar de nuestro fervor debatiente. Como Walt Whitman -cuya cita tuve que evacuar al hacer mención de los poemas anglos- continúa siendo, con cierta inspiración hindú, ese producto telúrico e inmutable que soslaya todas nuestras opiniones.

AL PONERNOS DE PIE después del almuerzo, Lilo Linke, sonreída, con una mano

en la cadera y haciendo un esguince lateral, me pareció la encarnación exacta, en forma de mujer, de la Isla de su nacimiento que se yergue, con la nuca hacia el Atlántico, entre el Mar del Norte, el Mar de Irlanda, el Canal de Bristol y el Canal Inglés. La Britania de los celtas goidélicos; la Britania de Julio César; la Britania de San Jorge sobre el Dragón; la de las Dos Rosas; la de las Dos Nuevas Guerras Púnicas, había almorzado con nosotros. Lo que me invita a discurrir sobre dos cosas: la inmutable condición de la personalidad inglesa, y los caracteres radicalmente delimitados del genio inglés.

Julio Camba, refiriéndose a la inconfundible condición del policía inglés, termina una de sus ágiles crónicas diciendo que sobre sus hombros parecen descansar las Islas Británicas. Tomándole la palabra al periodista peninsular, se diría que toda Inglaterra, en vez de descansar sobre los hombros de un robusto guardia, resulta ser ese guardia mismo, ese vigilante cósmico que, desde el Septentrión europeo, está avizorando los horizontes en defensa de las acechanzas que se ciernen en el espacio y en el tiempo.

A la verdad, nada tan personal, tan inconfundible, tan firmemente contorneado co-

mo el hecho inglés en las páginas de la Historia. Desde Wellington hasta Montgomery el fenómeno anglo es inconfundible e indivisible, peculiar y delimitado. Una sola cosa acompaña al hombre británico: la seguridad de serlo. Ser un inglés es el punto de vista concienzudo; después, lo adjetivo de la persona inglesa es -paradojalmente- todo lo que se refiere a esa persona misma. Lilo Linke empieza y termina en Lilo Linke, tal como la Isla empieza y termina en sí misma, toda rodeada de agua y de niebla. La Nación Inglesa está hecha, pues, a base de una suerte de sustancia única, de un plasma único, que se agita por todos los ámbitos de la "Commonwealth", y que revierte hacia las Islas. Esa sustancia plástica que da conformación a "lo británico" hallaremos, en búsqueda histórica, en los Lancaster, en los Windsor, lo mismo que en la Señorita Linke o en cualquier transeunte de la calle Piccadilly, incluyendo a Wells y a Shaw, o bajo el faldellín a cuadros del "scotch" que otea hacia el horizonte brumoso, mientras toca la gaita, chillona y brumosa también.

Hacia los mares del mundo dirige sus miradas ese gigantesco guardián de los mares. Hacia los confines, en actitud de firmes, el marino británico deja marcharse toda su alma en la defensa del patrimonio histórico que le

legara la Providencia. Hacia la esperanza y el porvenir están alargados los brazos del hombre inglés en la cruzada que defiende la civilidad. Como que esos brazos son, exactamente, los que en las viejas Cruzadas alzaron el Estandarte de Ricardo Corazón de León.

Si la enseñanza de la Historia ha sido recogida por el británico para futuras contingencias, la herencia biológica ha probado de su parte que su ingenio, que su facundia, que su entereza, que su prodigioso espíritu en constante creación saben oponerse a todo lo imprevisto. Así Inglaterra, tradicional y moderna paradójicamente, ha enfrentado todos los hechos humanos de los últimos siglos, impassible y confiada. Frente a su inmóvil actitud vigilante, tan bien observada por el cronista español, han pasado las teorías y los sistemas, las doctrinas, las filosofías de ocasión y los PRINCIPIOS de oportunidad. Como la lluvia londinense resbala por la espalda del policía inglés y cae al asfalto igual que desde las pizarras de un edificio, así las pasiones de los políticos del Mundo, así los sistemas, así las doctrinas, así los "puntos de vista" han resbalo por el dorso de ese inmenso cetáceo ubicado a la cabecera de Europa. Exacto como una mole, el fenómeno inglés no se ha movido un punto de las lindes de la propia personalidad. Por eso el inglés de

hoy es idéntico al del siglo XVIII -tal los personajes de las Fiestas Galantes de Watteau-; pero, sobre todo, es idéntico a sí mismo. Por este modo Inglaterra, identificada a su propia versión, ha solido ganar las guerras. Su fría complexión nebulosa, semidormida sobre los mares que la acarician, hace de ella un ciclópeo espectro que iluminan apenas los soles opacos del Septentrión en niebla. Especie de Neptuno inmenso y borroso, la Isla es una deidad petrificada en la misión del guardia vigilante de las calles de la City. Y así, erecta y afirmativa, exacta e inamovible, ha domado el mundo y ha acariciado una a una las vértebras del Planeta. Así ha tocado, con sus dedos de bruma, la rosa de los vientos, deshojándola con el bauprés de todas sus embarcaciones. Así ha leído el zodiaco con los ojos de todos sus marinos. Así ha tañido, con uñas de caracola plañera, las cuerdas de arpa de los meridianos del Mundo. Así, vigilante inmóvil, mientras Hitler escribe la fábula más acabadamente granuja de la Historia; mientras todo el mito del Rhin vuelve a la Selva Negra, Inglaterra, el viejo marino vigilante, fumando en su pipa todo el humo de la guerra, y encaramado al Palo Mayor de la Nave Universal, abre entre la nébula de los confines su ancha sonrisa de veterano triunfador . . .

Y NADA MENOS: esta sonrisa la he visto yo esta mañana, en el risueño hotelito de Miraflores, sobre el rostro de Lilo Linke, al ponernos de pie después del almuerzo cuando Lilo, con una mano en la cadera y haciendo un esguince lateral, resultaba la encarnación perfecta de la Gran Isla de su nacimiento.

LA HEREDAD

"A mis paisanos les empieza la nostalgia apenas dejan de beber del arroyo que corre junto a la heredad" dijo Honorato Vásquez.

Haciendo honor a la palabra del Académico, y cumpliendo con la academicidad morlaca de retornar, dejó atrás el paisaje mirífico que inebrió a Montalvo, a Mera, a Martínez, a Cevallos.

El tren parte, pesadamente. Pero se vá

conmigo, en mis venas, el turquí eléctrico del cielo, y el ángel desplegado del Recuerdo. Se va el aroma, y el verde cristalino, y el verde undoso, y el ámbito entreabierto, donde hace burbujas la soledad . . .

Ambato: socavado en las costillas, queda en mí reventando jugos frutales y concavidades de labranza, y burbujas de fertilidad y corolas de escarpa, la brevedad de pétalo de tu terso nombre . . .

Fin